

# REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXX

San José, Costa Rica

1935

Sábado 20 de Abril

Núm. 15

Año XVI—No. 727

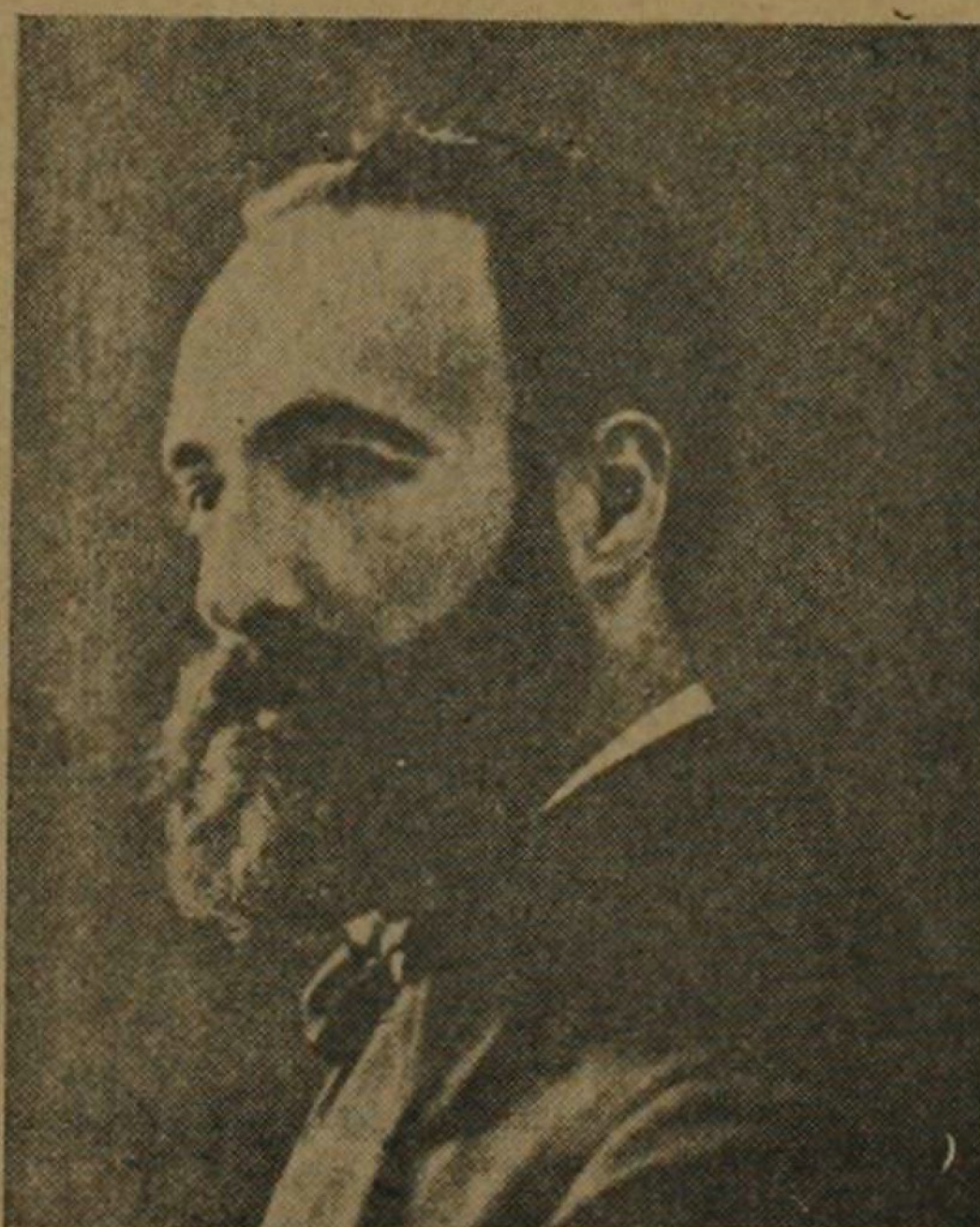
## SUMARIO

Manuel Magallanes Moure, el chileno .....	Gabriela Mistral	Una conversación entre Stalin y Wells .....
El conde Lucanor (y 2) .....	Azorín	Sigamos con John Strachey .....
"Entre el puño de Stalin y la quijada de Mussolini" .....	Luis Alberto Sánchez	El renacimiento de un género literario .....
La historia viva .....	Victoria Ocampo	Juan del Camino
		Arturo Mejía Nieto

## Manuel Magallanes Moure, el chileno

Por GABRIELA MISTRAL

= De El Sol, Madrid =



Ml. Magallanes Moure

...Mondaca, el otro maestro de su generación, sintió y sirvió la poesía como operación de intensidad y de síntesis, según diría León Daudet. Manuel Magallanes fué hombre que entendió la poesía como un ejercicio melódico, liso y llano, y como un juego de ritmos.

También éste nació, al igual de Mondaca, en mi provincia de Coquimbo, pero en paisaje muy otro que el salvaje de los cerros de Elqui. Nació en La Serena, ciudad la más española del país, rastro guardado íntegro de la Colonia, dentro de un ambiente no poco levítico de gentes pulidas y muelles.

Un patio de casa no logra menos tráfico que las calles de esa ciudad del exacto nombre; el clima perfecto, sin agriura de invierno ni sofocos de verano, más la ninguna industria local, han hecho de La Serena una ciudad en que la criatura no conoce la violencia física ni las otras, sino en unos ponientes arrebatados, que tal vez no turban a nadie porque tampoco los ven los serenenses.

Andaban en este hombre nuestro algunas sangres aventureras; el Magallanes le venía en soslayo del Portugal y el Moure de Colombia. Los dos sumandos de razas dulces y letradas han debido hacer su diferenciación del chileno común. Era hombre aristocrático y de naturaleza rítmica. Ni en vida ni en arte conoció convulsiones y saltos. La derecha de su línea poética dice una gran lealtad a sí mismo, y sus cuarenta años sin sucesos cuentan un disfrute regustado de lo que le cayó en suerte: patria y temperamento.

Blanco, puro y un hermoso varón para ser amado de quien lo mirase: mujer, viejo o niño. Tal vez las cabezas poéticas más bellas que han visto valles americanos hayan sido las de José Asunción Silva y la de nuestro Magallanes. Y era una belleza con hechizo, de las que trazan su zona en torno. Un teósofo diría que su aura era dulce. Porque la voz hacía conjunción con el cuerpo fino para volverlo más grato aun. Perdida voz de amigo que suele penarme en el oído: cortesía del habla, que además de decir halaga.

Todavía más: una extrema pulcritud personal de traje y de manera.

Cualquier raza habría adoptado con gusto esta pieza de lujo. Yo miraba

complacida a ese hombre lleno de estilo para vivir, y sin embargo, sencillo. Se parecía a las plantas escogidas: trascendía a un tiempo naturalidad y primor.

No conoció eso que llamamos "lucha por la vida", y a causa de ello también no se le veía jadeado de cuesta ni descompuesto por erizamiento de despechos.

Ni rico ni pobre: le dejaron lo que Horacio quería, y él se quedó con eso a gusto. Parece que no tuvo nunca ejercicio oficial, excepto una curiosa gestión de alcalde de San Bernardo, y sin cargo oficial, andaba metido por bonita gana en gestiones por nuestra cultura, que eran más útiles precisamente por no llevar encima voluntades gubernativas.

Su poesía se resuelve en el amor de la mujer y en una mirada minuciosa de la naturaleza.

Este, como el otro, cuando no estaba enamorado, se sentía huero de toda cosa y también de sí mismo. "La sensibilidad no puede escoger otra cosa que la mujer—decía—, y después, lo que se parece a ella".

Entre un amor y otro caían sobre él unas grandes desolaciones.

A lo largo de nuestros centenares de cartas, yo le recetaba, para relleno de esos hondones, un poco de fe en lo sobrenatural y de búsqueda de experiencia interior.

Pero era de su tiempo; habían hecho en él su feo trabajo racionalismos y materialismos, levantándole en torno el cerco de cemento armado de la incredulidad redomada, que él no saltaría nunca para cebar los ojos a mejores vistas. El dúo de las cartas era copioso e inútil; pero continuó a lo largo de cinco años.

El se sentía con cierta obligación de cuidado sobre mi poesía, yo con la de un vago cuidado de su alma. No llegamos a nada fuera de conocernos un poco y de acompañarnos casi sin cara, porque hasta entonces no me había visto nunca.

Alguna vez le dije sin creerlo que la mujer lo banalizaba y lo tenía viviendo a la deriva. El me contestó que una teología no lo haría a él más cabal que una mujer. Y la razón tal vez era suya, que tan completo, tan alerta y tan digno anduvo por este mundo.

Su poesía, suave y pasada a melíflua, tiene poco que hacer con el alma nuestra. Había nacido entre nosotros para darnos la utilidad de la contradicción, pagarnos ciertos saldos de la raza y cubrir algunas ausencias en nuestra espiritualidad.

Sus géneros fueron los avenidos con su temperamento: la canción, el madrigal, la balada, alguna vez la elegía en tono menor, en varias ocasiones la jugarrera con los niños, todo esto realizado con aereidad, donosura y un arte consumado en varias composiciones.

Amoroso, gran amoroso, sin espesuras de sensibilidad criolla y también sin laciencia romántica.

Entre líricos sentimentales — y hay tantos que el bosque sigue tupido—, ni empalaga ni da sonido de metaloide: su sentimiento verdadero le redime de la plaga del tiempo y le saca del montón en que quedaron hacinados los otros cómplices de la plaga becqueriana de nuestra América.

Su don de armonía hace grato el repaso de sus poemas. Los estridentistas dirán lo que quieran; pero de tarde en tarde la oreja busca sola, como el ciervo el viejo manadero, las armonías de esas especies de antepasados que nos

resultan ya los poetas de hace diez años. Hemos venido cayendo en vertical, pendiente abajo de cuarzos y brulotes, y la melodía de anteayer ya parece nuestra abuela.

Los mejores libros de Magallanes Moure se llaman "La jornada" y "La casa junto al mar". Apenas salieron del país. El varón de la vida perfecta no buscó el diálogo extranjero. A pesar del cabal amigo que sabía ser, del verdadero hombre de convivio, por limpio y escuchador, por excusador, vivió no poco solitario el que venía tallado para la más linda camaradería.

Su único viaje a Europa lo gastó en ver paisajes y monumentos; no golpeó a puertas de colegas ilustres.

A los cuarenta y seis años se nos mu-

rió, sin que le esperáramos esta mala muerte brusca. El gran cortés se acabó con cortesía, como el agua de regato que se sume de pronto en un hoyo del desierto de Atacama. Iba de su pueblo de San Bernardo a Santiago cuando la angina le cayó al pecho. Por no molestar a los viajeros del tranvía se levantó a pedir al conductor que parase, y éste lo dejó cerca de la casa de su hermano, donde se acabó en momentos sin agonía.

Así se nos borró del aire y la luz de Chile, que no han sido usados por hombre literario más dignamente natural.

Lector amigo: Hágase de un ejemplar del *Florilegio* de Manuel Magallanes Moure. Selección del autor. En las ediciones del "Convivio", 1921.—Con el Adr. del *Rep. Am.* Precio: \$ 2.00 (\$ 0.50 U. S. A.)

## El conde Lucanor

Por AZORIN

= Tomado del libro *Los valores literarios*. Tomo XI de las *Obras completas*, Rafael Caro Raggio, editor.—Madrid, 1921 =

(Concluye. Véase la entrega anterior)

3

**Don Illán el Mágico.** — Don Illán el Mágico vive en Toledo. Un mágico es un hombre sencillo y respetable. Tenéis una idea errada de lo que es un mágico. Un mágico no es un señor barbado y hosco que lleva en la cabeza un cucurucho con estrellas pintadas; un mágico es un hombre silencioso, discreto, de una mirada inteligente y dulce, de unas maneras suaves. Don Illán vive en Toledo; habita en una casa silenciosa y limpia. Grande es su renombre de sabiduría; a todos los ámbitos de España se extiende. Allá en Santiago de Galicia, un deán de la catedral ha entrado en deseos de conocer los secretos del arte mágico. ¿Para qué querrá conocer tales misterios este deán? ¿Y quién mejor que don Illán podrá—si quiere—enseñárselos? Pues a Toledo se encamina nuestro deán. Cuando llega a Toledo endereza sus pasos a la casa de don Illán. A éste "fallólo que estaba leyendo en una cámara muy apartada"; es decir, tal vez en un desván, en un cuartito lejos de los ruidos de la calle, y que tiene por panorama—que se atalaya desde la ventana—una vasta extensión de tejado y de torrecillas, que se destacan bajo el cielo azul; un cielo por el que caminan unas nubes blancas.

Don Illán recibe cordialmente al viajero. Con exquisita amabilidad se dispone a enseñar su ciencia al deán de Santiago. En el coloquio que acaban de tener, el deán ha manifestado que él es hombre ante quien se abre un halagüeño porvenir; ahora es deán; dentro de unos años, seguramente llegará a arzobispo, a cardenal, a papa. El deán, en cambio de la ciencia que le iba a comunicar don Illán, "le prometió y le aseguró que de cualquier bien que de él oviere, que nunca faría sino lo que él mandase". No hay, por lo tanto, más que hablar. Don Illán manifiesta que la ciencia que él ha de enseñar "non se po-

día aprender sino en un lugar muy apartado". Esta misma noche tendrán los dos la misteriosa conferencia. Antes, don Illán llama a su cocinera y le ordena que prepare unas perdices para la cena. Don Illán desea obsequiar con este yantar al viajero.

Llega la noche; se dirigen ambos a esa cámara secreta donde don Illán ha de dar su conferencia. "Entraron ambos por una escalera de piedra muy bien labrada, y fueron descendiendo por ella

muy gran pieza en guisa que parecían tan bajos que pasaba el río Tajo sobre ellos; e desdeque fueron en cabo de la escalera, fallaron una posada muy buena en una cámara mucho apuesta que ahí había, do estaban los libros y el estudio en que habían de leer". No os imaginéis retortas, matraces, hornillos y redomas. No un gran caimán puesto colgando de una pared (como vemos en las ilustraciones del *Fausto*). No tibias humanas ni un ancho infolio y un reloj de arena colocados encima de una mesa. Esta cámara subterránea, tan honda que sobre ella quizá pase el río Tajo; esta cámara no es más que una biblioteca henchida de raros y preiosos libros. La estancia no está alumbrada por el resplandor rojo de los hornillos (como también vemos en las estampas populares)—Don Illán debía de ser uno de estos hombres que, viviendo en su siglo (el xii o el xx), viven realmente en un futuro en que fuerzas misteriosas que hoy desconocemos—pero que presentimos—harán que sea posible lo que hoy juzgamos irrealizable. Cuando ha

**OCTAVIO JIMENEZ A.**

Abogado y Notario

**OFICINA:**

50 varas Oeste de la Tesorería de la Junta de Caridad.

Tel. 4184 — Apdo. 338

**PERIODISTA:**

*Pida su*

**SERVICIO INFORMATIVO a**

**Latin America News and Ads. Service**

*La agencia informativa independiente*

No depende de ninguna empresa comercial.

No recibe subvenciones de gobiernos.

No está sometida a capitales enemigos.

No le teme a la verdad.

INFORMA a 50 periódicos de América.

DISTRIBUYE 3 crónicas informativas a la semana.

DICE siempre la verdad.

*Sirva a su raza y a sus intereses*

*permanentes pidiendo las informaciones de*

**Latin America News and Ads. Service**

**Casilla 3370**

**Santiago (Chile)**

entrado por su puerta el deán de Santiago, don Illán, a través de la materia y a través del tiempo, ha leído el alma de este hombre. Este hombre es un ingrato.

Ya se dispone don Illán a comenzar su conferencia, cuando aparecen unos mensajeros que le traen una carta al deán. Hemos olvidado decir que el deán es sobrino del arzobispo de Santiago. En la carta se le notifica una grave enfermedad del arzobispo. El deán contesta con otra epístola, diciendo que siente mucho no poder ir a acompañar a su tío. "Desde a cuatro días llegaron otros hombres a pie, que traían otras cartas al deán en que le hacía saber que el arzobispo era finado". Se preparaba en aquellos momentos en Santiago la elección de nuevo arzobispo; todos deseaban elegir al deán. Transcurren siete u ocho días más y aparecen "dos escuderos muy bien vestidos y muy bien aparejados"; los cuales escuderos se llegan hasta el deán, le besan reverentemente las manos y le entregan una carta en que se le notifica que ha sido elegido arzobispo de Santiago.

Ya tenemos a nuestro deán hecho arzobispo electo. Ya rebosa de satisfacción. Ya se ve en su palacio de Santiago sentado en uno de esos sillones de terciopelo, con bordados ricos de sedas en que—más tarde—había de poner Antonio Moro algunos de sus personajes regios. Don Illán da la enhorabuena al electo arzobispo. Y como don Illán ha sido generoso con él enseñándole su ciencia misteriosa, don Illán ruega al arzobispo que el deanazgo vacante lo provea en un hijo suyo. El arzobispo, cortés y atento, se dispone a acceder a la petición de don Illán; sin embargo, deseaba exponerle una cierta consideración. El "le rogava que quisiese consentir que aquel deanazgo lo hubiese un su hermano..." Nótese la irreprochable cortesía del electo arzobispo; el deanazgo es para el hijo de don Illán; no hay más que hablar de ello; mas él, el arzobispo, ruega a don Illán que quiera consentir que sea para un hermano del

*Quiere Ud. buena Cerveza?...*

**Tome "Selecta"**

*No hay nada más agradable ni más delicioso.*

*Es un producto "Traube"*

arzobispo con quien el arzobispo tiene un grande y antiguo compromiso. Y añade: "Más que él le faría bien en la Iglesia en guisa que él fuese pagado, y que le rogava que se fuese con él a Santiago y que levase con él a aquel su hijo".

Ya están todos en Santiago. El arzobispo es un buen arzobispo; todos le quieren bien; él es bondadoso con todos. Al cabo de algún tiempo llegan unos mandaderos del papa. Ha vacado el obispado de Tolosa; para esa sede nombra el papa al arzobispo de Toledo. Entonces don Illán pide con mucho encarecimiento que el arzobispado vacante de Santiago sea para su hijo. De nuevo torna a darle la razón el antiguo deán a su amigo y bienhechor; pero le ruega que permita que este arzobispo sea para un tío suyo, hermano de su padre. "Y don Illán dijo que bien entendía que le faría muy gran tuerto, pero que le consentía en tal que fuese seguro que ge lo enmendaría en adelante". De muy buen grado se lo prometió el arzobispo, y rogóle que fuese con él a Tolosa y que llevase a su hijo. Ya están todos en Tolosa. A los dos años llegan otra vez mandaderos del papa. El papa ha nombrado cardenal al obispo; el obispado de Tolosa puede darlo a quien quiera. Aquí tenemos a don Illán de nuevo solicitando la vacante para su hijo; tantas veces han fallado sus pre-

tensiones, tantas veces el favor de ha sido denegado, que parece absurdo que ahora no se le cumplan sus afanes y el obispo le dé una nueva excusa. Pero así es, desgraciadamente. El nuevo cardenal ruega—tan cortés como siempre—que el obispado vacante de Tolosa sea para un tío suyo, hermano de su madre. "Y don Illán quejóse mucho, pero consintió en lo que el cardenal quiso, y fuese con él para la corte".

Ya están todos en Roma. El nuevo cardenal desempeña admirablemente su cargo; gran consideración le guardan los demás cardenales. Ocurrió que el Papa falleció; los cardenales eligieron por Papa al antiguo deán de Santiago. Ha llegado la ocasión—¡por fin!—de que don Illán pueda ver colmados sus deseos. Su amigo no podrá tener efugio alguno para hacerlo. Al papa representa don Illán lo que espera de él. "Y el papa dijo que no le afincase tanto, pues siempre habría lugar en que le hiciese merced según fuere razón". Entonces don Illán, amargado, desesperanzado, se lamentaba con palabras ardientes. Estas palabras pusieron en indignación al papa. El papa, apurada la paciencia, reprochó su pesadez y pertinacia a don Illán. Más hizo: le amenazó con meterle en prisión si persistía en su actitud; puesto que él, don Illán, era un hereje y un nigromántico, ejercitador de reprobadas y diabólicas artes. Cuando esto oyó don Illán, no quiso permanecer más en Roma. Ni para el camino le dió el papa, su antiguo amigo, un viático...

Lector: Todo esto que nos cuenta un gran aristócrata, nieto de un santo y rey a la vez—don Fernando—, no tiene nada de irreverente. Todo es una ingeniosa ficción. Al llegar el relato al punto en que lo hemos interrumpido, bruscamente, mágicamente, el deán de Santiago y don Illán se encuentran los dos en la cámara subterránea de Toledo. Don Illán ha visto, en un segundo, a través de la materia y el tiempo. Despiden al deán y él se come solo las perdices preparadas para la cena. Don Illán había adivinado que si él tuviera con este hombre la generosidad de enseñarle su ciencia, este hombre luego no sería agradecido con él.

Seamos buenos, corteses, afables; que nuestro corazón esté siempre dispuesto al bien. Pero cuando vayamos a poner toda nuestra alma, nuestro trabajo,

## LA EDITORIAL ERGILLA

publica, además, de su BIBLIOTECA AMERICA, 15 colecciones más

Lea sus últimos libros

	\$ U.S.A.
Mariano Azuela.— <i>Pedro Moreno El Insurgente</i> .....	0.50
Manuel Galvez, " <i>La Argentina en libros</i> ".....	0.85
A. Zum Felde, <i>Indice de la poesía uruguaya contemporánea</i> .....	0.90
Máximo Soto-Hall.— <i>Diego Portales</i> .....	0.85
Joaquín Edwards Bello.— <i>La Chica del Crillón</i> .....	0.90
Augusto D'Halmar.— <i>La lámpara en el molino</i> .....	0.60
Germaine Ramos.— <i>Sólo tu cuerpo</i> .....	0.40
Rubén Campos, <i>Aztlam, tierra de las garzas</i> .....	0.40
Henry A. Wallace, <i>Las Nuevas Fronteras (sensacional libro del Ministro de Agricultura de EE. UU. Traducción autorizada especialmente)</i> .....	1.20

Pida estos libros en la LIBRERIA PERRIN, a la ADMINISTRACION DE ESTA REVISTA, y a la

**EDITORIAL ERGILLA**

SANTIAGO (CHILE)

CASILLA 2787

nuestro porvenir, la paz de los nuestros y aun nuestra propia vida al servicio de un hombre o de una causa, miremos si ese hombre y si esa causa son dignas de nuestro supremo sacrificio.

4

**La raposa mortecina.**—Una raposita ha salido de su manida y se ha dirigido hacia la aldea. Todo duerme; es media noche. En la obscuridad no se percibe más que—allá lejos—la raya negruzca de las montañas sobre la foscura del cielo. Brillan las estrellas; brillan con ese titileo radiante de las noches de invierno. En esas noches, a la madrugada, en el profundo reposo de la tierra, ese relumbrar vivo, radiante, de los astros trae a nuestro espíritu una profunda nostalgia—¡oh fray Luis de León!—de algo que no sabemos... De cuando en cuando un vientecillo ligero trae de la aldea un olor particular que nuestra raposita recoge en sus narices. El ejido del poblado está ya aquí; luego las casas; detrás de una de ellas se extienden las largas tapias de un corral. No se sabe cómo la raposita ha entrado en el corral. En los travesaños de un cobertizo están acurrucadas las gallinas, los gallos. Los gallos, tan vigilantes, no se han percatado de nada. Lentamente, pasito a pasito, mirando a todos los lados, venteando todos los olores, avanza la buena raposita.

—Un momento, querido cronista. ¿Por qué llama usted buena a esta raposita inquietadora, sanguinaria, que va a poner el espanto y la destrucción en la república de las gallinas?

—Perdón, querido lector. Todo es relativo, y la raposita, comparada con el taciturno y violento lobo, es buena, es excelente. Hace mucho tiempo que un gan naturalista—Buffón—ha hecho en pocas líneas el elogio de la raposita. “La raposita no es un animal vagabundo, sino un animal domiciliado — escribe Buffón—. Esta diferencia, que se hace sentir aún entre los hombres, tiene más grande eficiencia y supone más grandes causas entre los animales. La idea sola del domicilio presupone una singular atención sobre sí mismo; luego, la elección del lugar, el acto de fabricar la guarida y de solapar la entrada a ella, son tantos otros indicios de un sentimiento superior”.

Tiene, pues, nuestra raposita un sentimiento superior de la vida del mundo. Sólo que... La vida es dura; se tienen hijos; los inviernos no ofrecen grandes recursos en el campo. No hay nidos entre los atochares; las cepas de los majuelos aparecen desnudas y secas. ¿Qué ha de hacer una raposita sino ir a los corrales donde las gallinas reposan? En ello aventura la vida, que no es poco. Ya está en el gallinero nuestra zorrita; las gallinas se han dado cuenta—un poco tarde—del huésped que viene a visitarlas. La hora no es muy a propósito para cortesías. Se ha producido un ruidoso remolino en el cobertizo a la vista de la raposita. Todas las gallinas cacareaban y los gallos cantaban—despavoridos. La raposita ha cogido una gallina

Con el fin de contribuir al progreso de las ideas científicas en la América Hispánica, nos complacemos en participar especialmente a los médicos, a los profesores de las Escuelas de Medicina y en general a todos los que procuran ensanchar su cultura, que acabamos de publicar la obra

### BALANCE CUATRICENTENARIO DE LA FISILOGIA EN MEXICO

escrita por el

Doctor JOSE JOAQUIN IZQUIERDO

Es obra de gran importancia para la historia de la ciencia y de la filosofía en América, que al par que instruye deleitosamente sobre el pasado, está preñada de orientaciones nuevas para el futuro.

Precio \$ 12.00

En todas las Librerías o pidiéndola directamente a los Editores

EDICIONES CIENCIA

Apartado 8767

México, D. F.

entre los dientes y la ha zarandeado con violencia. Con una tierna y gorda gallina tendría la raposita para su yantar. Pero cuando ha sentido la raposita correr entre sus fauces la sangre tibia, humeante, de la gallina, ha perdido la cabeza. ¡Cómo brillan ahora sus ojos! ¡Cómo va de una parte a otra furiosa, abstraída, tambaleándose, como ciega, como borracha!

No se harta de destrozar gallinas; tendidas quedan muchas por tierra. En la casa deben de tener el sueño muy pesado; nadie se mueve. (O ¿qué sabemos? Estos labriegos que trabajan a costa de un amo son muy ladinos. Pensad en las matanzas que hacen los pastores y se las achacan a los lobos. Tal vez ahora saben que la zorra está destrozando el gallinero; pero como la raposita no ha de poder llevarse todas las gallinas y han de quedar algunas muertas...) Entusiasmada, encarnizada en su labor siniestra, la raposita no ve que un claror blanquecino aparece por Oriente. La aurora comienza a anunciarse.

Tiene este momento único de la madrugada un encanto profundo. Nos atrae misteriosamente esta palidez que en el cielo se inicia. Todavía es de noche... y ya está ahí el día que llega. En este minuto supremo las luces que han velado toda la noche van a borrarse en la claridad del día; su misión ha terminado.

Durante las tinieblas han puesto sus resplandores sobre una mesa en que una cabeza se inclinaba sobre los libros, o han iluminado — tenuemente — la cara blanca, sobre ropas blancas, de un enfermo; o se han destacado como puntitos rojos y verdes, en el horizonte, en tanto que las locomotoras lanzaban agudos chillidos y pasaban raudos los trenes. Cuando la claridad del día va aumentando, las luces, todas las luces, luces trágicas o luces de esperanza, se retiran, se esfuman, se disuelven, se recogen en una tregua de reposo hasta la noche venidera. A esta hora de la madrugada, las montañas ya comienzan a destacarse más vivamente sobre el cielo; el cielo es de una claridad vaga y lívida. Dentro, en las casas, se hace una densa y confusa penumbra. Las cosas van a surgir a la vida; las ventas van a recobrar su espíritu de luz y de sol.

A nuestra raposita se le ha hecho tarde. No puede salir sin peligro del gallinero; van y vienen gentes por la aldea. Otros gallos lejanos cantan; un can ladra. No tiene más recurso nuestra raposita que salir a la calle y tenderse en medio haciéndose la muerta. Porque si la vieran correr por las calles del pueblo, ¿qué sería de ella? (Son muchos los animalitos que se hacen los muertos para librarse de las trazas sanguinarias del hombre. Se hace la muerta esta arañita que, en el campo, ha bajado desde un árbol, por un hilillo sutil, hasta las páginas blancas de este libro que estamos leyendo. Se hace el muerto, replegando sus patitas, este cetonio que nuestros dedos han tropezado en el fondo de una rosa, lecho fresco y fragante. Se hace el muerto este glomérido que encontramos debajo de una piedra y que se convierte en una bolita de acero.

## GRANJA SAN ISIDRO

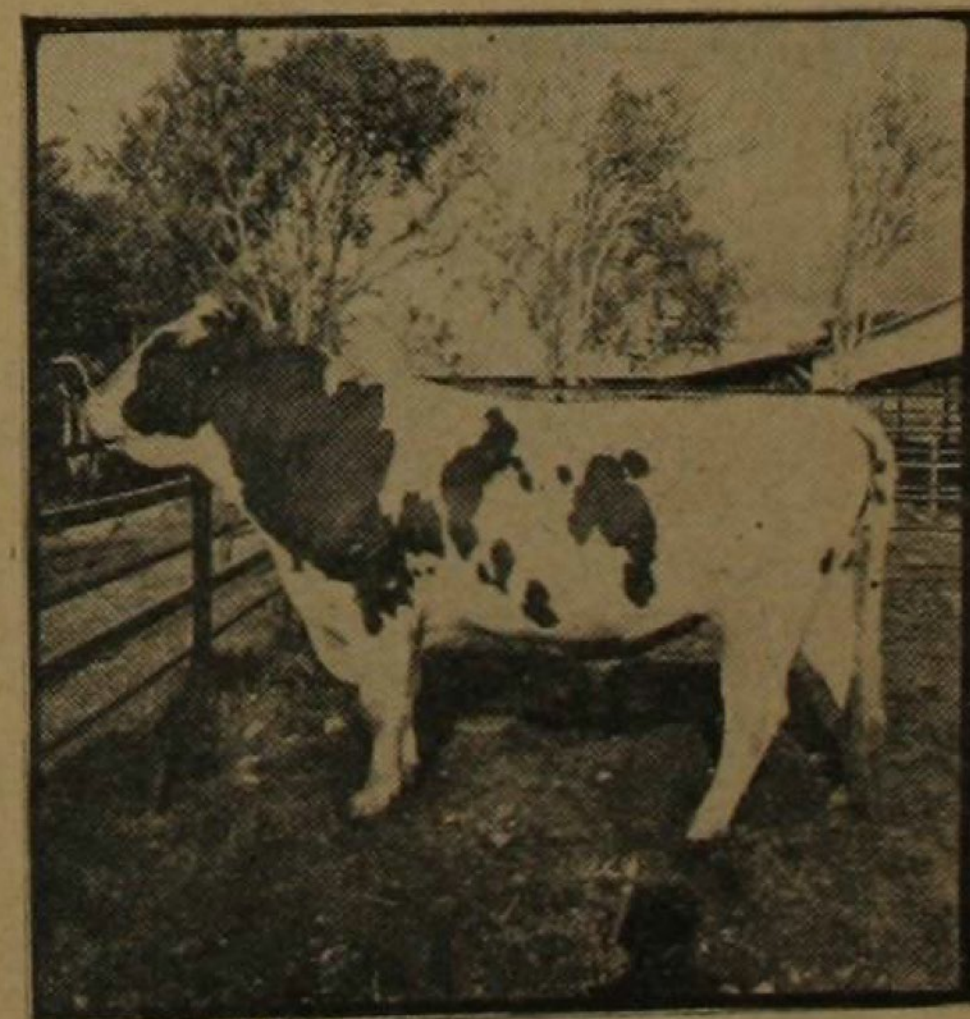
MAX JIMÉNEZ

CORONADO - COSTA RICA

Toro importado de la CARNATION MILK FARM Co. Gran Campeón del Estado de Kentucky, hijo del campeón del mundo.

Hijos de este toro y de vacas de pura raza se venden, de 6 meses, a \$ 100.00 (U.S.A.)

No debe olvidarse que este ható está inmune a la fiebre de garrapatas.



SIR INKA MAY VALENTINE

¿Por qué se hacen los muertos? Hemos dicho que para defenderse del hombre? Pero ¿saben ellos del hombre? Esta es una idea antropocéntrica. No sabemos siquiera si lo que hacen es hacerse los muertos). Nuestra raposita se hace la muerta; en medio de la calle está tendida. No es cosa rara, donde hay muchas zorras, ver una zorra muerta en medio del arroyo. Va pasando la gente. "A cabo de una pieza, pasó por ahí un home, y dixo que los cabellos de la frente del raposo que eran muy buenos para poner en las frentes de los mozos pequeños, porque no los ahojen". Con unas tijeras, este hombre curioso trasquila la frente de la zorrilla. La zorrilla se estuvo quieta.

Después otro transeunte vió la raposa y dijo lo mismo de los pelos del lomo. Le trasquiló los pelos del lomo. La raposa se estuvo quieta. Luego otro hizo la misma observación respecto del pelo de las ijadas. Le trasquiló las ijadas. La raposita se estuvo quieta. "Nunca se movió el raposo, porque entendía que aquellos cabellos non le farían gran daño en los perder". Otro viandante llegó más tarde y dijo que la uña del raposo es buena para curar los panadizos. Tajóle las uñas a la raposita. La raposita no se movió. Después otro dijo que el diente de la zorra cura los males de dientes. Quitóle un diente a la raposita. La raposita no se movió. A seguida vino otro y manifestó que el corazón del raposo es conveniente para nuestros dolores del corazón. Metió mano a un cuchillo para sacarle al raposo su corazón. "Y el raposo vió que le querían sacar el corazón y se si que lo sacassen, que non era cosa que se pudiese cobrar". Entonces la raposita dió un salto, echó a correr y se perdió a lo lejos.

... En nuestras casas, en la vida cotidiana, debemos pasar por alto—indulgentemente—las pequeñas cosas. En la vida pública, a la vista de todos, de igual manera, no debemos de ponernos fieros ante lo que en sí tiene escasa importancia. No coloquemos nuestro natural y legítimo deseo de dignificación y de reivindicación en un plano demasiado alto. Si el puntillo de honor lo ponemos muy subido, a cada momento tendremos que estar en altercaciones, porfías y denuestos. Nuestra vida se hará imposible. Una palabra, un gesto, un ademán, un ligero desdén, una inflexión de cólera, un matiz de irritación en los demás tendrán para nosotros una importancia decisiva. No; sepamos pasar por todo esto. La raposita no se movía cuando le trasquilaban el lomo y la frente; aquello no tenía para ella importancia. Pero cuando se trate de cosas grandes, cuando se trate del corazón—como en el caso de la raposa—, entonces pongamos todas nuestras fuerzas, todo nuestro ardor, todo nuestro ímpetu en defender la esencialidad de nuestro ser moral: las ideas, los procedimientos, la conducta, la honradez, la sinceridad.

5

Valor y riesgo de los consejos.—Un breve epílogo a estas divagaciones so-

**Cansancio mental**  
**Neurastenia**  
**Surmenage**  
**Fatiga general**

son las dolencias que se curan rápidamente con

**KINOCOLA**

el medicamento del cual dice el distinguido Doctor Peña Murrieta, que

**"presta grandes servicios a tratamientos dirigidos severa y científicamente"**

bre motivos de *El conde Lucanor*. Ya se habrán percatado de ello los lectores. No hemos expuesto fielmente las historias y ejemplos que trae en su libro don Juan Manuel; muchos detalles hemos añadido; a nuestra manera hemos contactado los casos que el infante relata. No hemos sacado tampoco—generalmente—de tales cuentecillos las enseñanzas que el autor pone por contener; diferentes han sido alguna vez los proloquios deducidos. Hemos echo con el libro de don Juan Manuel lo que se suele hacer con la música de las grandes óperas; de aquí y de allá, tomando este tema y dejando tal otro, hemos compuesto una rapsodia. Pero si algún lector entra en gana de leer el libro de don Juan Manuel, desde luego habremos logrado nuestro propósito; propósito modesto; el propósito de quien trata de excitar la curiosidad con palabras encarecedoras de éstas o las otras excelencias de una obra.

Ahora digamos algo respecto del valor de los consejos y del riesgo que corre el que se aventura a darlos. ¿Qué valor tienen los avisos, advertimientos y prevenciones que se suelen hacer en la vida? Distingamos entre el consejo genérico y el consejo concreto. Es decir, distingamos entre los consejos que se dan en los libros y los consejos que, en la realidad cotidiana, damos al amigo o al deudo. Los libros de consejos por fuerza han de ser generales; aquí está precisamente su punto flaco. Como es una regla genérica la que se da, no sabremos, cuando llegue el caso, si precisamente en ese trance debemos o no aplicar el consejo que hemos leído. La vida es varia, compleja, contradictoria, ondulante; el consejo—o la norma—es rígida, siempre igual, inflexible. ¿Cómo concordaremos la realidad cambiante y fugitiva con el canon permanente? Dificultad es ésta de una grandísima trascendencia; tanto lo es, que en ella van implícitos todo el arduo problema de la moral y todo el magno negocio de la política.

Contra la norma genérica de la ética surge el casuismo, que toma en cuenta el tiempo, el lugar, la persona y otras diversas circunstancias. Contra el cumplimiento de la ley, en el gobernante surge la consideración—análogamente—de que la ley **debe** siempre ser cristalización de la justicia, pero que **puede también no serlo**. Puede no serlo: 1º, porque originariamente, al hacer la ley, no se haya interpretado con ella bien la justicia; 2º, porque, aun interpretándose primitivamente bien la justicia en la ley, el tiempo puede haber hecho que cambie la sensibilidad) y que la justicia contenida en el canon formulado anteriormente sea escasa, pobre, deficiente; 3º, porque, aun siendo buena la ley, ley acomodada al tiempo, ley viva, ley actual, unas pasajeras circunstancias pueden hacer que no se contengan en ella la justicia.

"Sed prudentes, sed enérgicos, sed sinceros", nos dicen los consejos genéricos de los libros. Está bien; la doctrina es inmejorable; muchos hombres eminentes han practicado tales máximas. (Los hombres eminentes, eminentes de veras, han hechos muchas co-

*In angello cum libello — Kempis.—*

**En un rinconcito, con un librito,**

*un buen cigarro y una copa de*

**Anís Imperial**

*suave - delicioso - sin igual*

FABRICA NACIONAL DE LICORES - San José, Costa Rica

sas que han sacado, ingénitamente, de sí mismos y no de los libros). Está bien; pero en este trance en que ahora nos hallamos precisamente, ¿debemos ser audaces, intrépidos, temerarios? ¿Es ahora, con estas circunstancias, cuando debemos ser brutalmente sinceros, o bien será en otra ocasión y con tales otras particularidades? Los libros de consejos no pueden decirnos nada de esto. "Un grano de audacia en todo—escribe Gracián—es importante cordura". ¿Hemos leído bien? **En todo**—dice el psicólogo—. O sea, seamos **siempre** audaces; con la audacia empleada en todos los momentos, con todos los motivos, nos irá siempre bien. (Algunos políticos, harto desaprensivos — no nombramos a nadie—, encontrarán admirable la máxima. Sí, la audacia a todo pasto es posible que lleve a la fortuna; pero... las quiebras de tal juego suelen ser terribles).

"No hacer negocio del no negocio—escribe también Gracián—. Así como algunos todo lo hacen cuento, así otros todo negocio". (Los negocios de que aquí habla Gracián no son los negocios en que suelen andar metidos los antes mencionados parlamentarios y políticos. Esos, sí, es cierto, **todo lo hacen negocio**. "Pero ahora Gracián habla de otra cosa: Gracián nos dice que no lo hagamos todo cuestión personal, cosa de honra y de dignidad). "Siempre hablan de importancia—prosigue el autor—; todo lo toman de veras, reduciéndolo a pendencia y a misterio. Pocas cosas de enfado se han de tomar de propósito, que sería empeñarse sin él... Muchas cosas que eran algo, dejándolas fueron nada; y otras que eran nada, por haber hecho caso de ellas fueron mucho". He aquí un sagaz consejo, basado en la más fina observación de la vida diaria. Pero, ¿cómo lo aplicaremos? En presencia de una de esas fruslerías cotidianas que pueden o no pueden ser algo — o mucho—, ¿qué es lo que tendremos que hacer?

Mas si los libros de consejos no pueden orientarnos en el caso concreto, aquí está el deudo, el amigo, o simplemente el hombre ducho y experimentado a quien — sin conocerle o conociéndole apenas—recurrimos en busca de una sabia prevención. Difícil y arriesgado es, en general, el dar un consejo. Desconfiad—oh escritores renombrados, — de los que, acercándose a vosotros, os piden un consejo, una opinión, un juicio sincero, completamente sincero, de una obra que os dan a leer. Si usáis, incautamente, de vuestra sinceridad, os arrepentiréis; quien ha pedido sinceridad, cuando sinceridad le sirven, cuando con ella le hablan y juzgan su obra, podrá por cortesía, y por no desmentir las protestas hechas, agradeceros aparentemente vuestras palabras; pero en el fondo ese hombre siente por vosotros un vivo disgusto, una viva hostilidad. "Entonces—preguntará el lector—, ¿habrá que mentir siempre? ¿Tendremos que ser unos hipócritas, unos faranduleros?" No; lo que cabrá es, sin decir la verdad ruda y brutalmente, usar de tal modo

**J. ALBERTAZZI AVENDAÑO**  
 ABOGADO  
 SAN JOSE, COSTA RICA

---

OFICINA: 75 vs. Oeste Botica Francesa  
 TELEFONOS:  
 OFICINA No. 3726 — HABITACION No. 3133

de los silencios, de los matices y de las gradaciones, que los lectores entiendan nuestro verdadero pensamiento sobre la obra de que se trata. Hay elogios en apariencia que son censuras, y hay pausas, silencios y apartes que huelen a la más rotunda condenación.

En la vida cotidiana, el consejo nos puede exponer a molestias, contrariedades y pesadumbres. En sus **Empresas políticas** (en la XLVII, al final) Saavedra Fajardo escribió las siguientes palabras: "Ninguna cosa más peligrosa que el aconsejar. Aun quien lo tiene por oficio debe excusarlo cuando no es llamado y requerido, porque se juzgan

los consejos por el suceso, y éste pende de accidentes futuros que no puede prevenir la prudencia; y lo que sucede mal se atribuye al consejero, pero no lo que se acierta".

No se puede decir sobre la materia nada más exacto. En el mismo **Conde Lucanor** (historia del gallo y el raposo), el autor, encareciendo la dificultad y riesgo del consejo, nos dice lo mismo que, más tarde, había de escribir Saavedra. Es difícil dar el consejo—escribe don Juan Manuel—, porque "non es ome seguro a que pueden recudir las cosas; ca muchas veces vemos que cuida ome una cosa e recude después otra, ca lo que cuida ome que es mal, recude a las vegadas a bien, e lo que cuida ome que es bien, recude a las vegadas a mal" ¡Grande es la perplejidad del consejero! De todos modos, acierte o no, no se le agradecerá nada al consejero. "Ca si el consejo que da recude a bien, non ha otras gracias si non que dicen que fizo su debdo en dar buen consejo, e si el consejo a bien non recude, siempre finca el consejero con daño e con vergüenza".

## **“Entre el puño de Stalin y la quijada de Mussolini”,**

*es un dilema planteado por el uruguayo Zum Felde*

Por **LUIS ALBERTO SANCHEZ**

= Envío de *Latin American News and Ads. Service*.—Santiago de Chile. Marzo de 1935 =

Alberto Zum Felde, el celebrado crítico de la cultura uruguaya, Director de la Biblioteca Nacional de Montevideo y Catedrático de la Universidad de la misma ciudad, cuyo último libro, "Índice de la poesía uruguaya contemporánea", (Editorial Ercilla, 1935) ha promovido muchos elogios, acaba de publicar en el N° 1, del diario "Uruguay", del 25 de febrero último, un artículo con el epígrafe de este comentario: "Entre el puño cerrado de Stalin y la férrea quijada de Mussolini".

**Ni izquierdas ni derechas.**—Zum Felde plantea la posición política de hoy, no ya como una lucha entre derechas e izquierdas, sino como una pugna entre el Comunismo y el Fascismo. Insinúa que en la derecha se desarrollan las mismas tácticas de dictadura que en la izquierda y que, por tanto, la cuestión a dilucidar es otra. Agrega que antes de la guerra el eje estaba en el centro, y que aun los marxistas laboraban en el Parlamento, en actitud democrática. Hoy, según él mismo, la situación ha cambiado. "La democracia aparece como

## **JOHN M. KEITH & Co., Inc.**

SAN JOSE, COSTA RICA

**Agentes y Representantes de Casas Extranjeras**

Cajas Registradoras **NATIONAL** (The National Cash Register Co.)

Máquinas de Contabilidad **BURROUGHS** (Burroughs Adding Machine Co.)

Máquinas de Escribir **ROYAL** (Royal Typewriter Co., Inc.)

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas (Globe Wernicke Co.)

Implementos de Goma (United States Rubber Co.)

Maquinaria en General (James M. Montley, New York)

**JOHN M. KEITH,**  
Socio Gerente.

**RAMON RAMIREZ A.,**  
Socio Gerente.

liquidada y el individuo, como entidad política, desaparece". "No existe más que un interés, más que una doctrina, más que un derecho: los del Estado". He aquí que el mundo y la concepción política han sufrido súbita transformación.

Ante tal dilema, Zum Felde concluye: "en tales condiciones sólo una táctica podría resolver el problema vital de la Democracia salvando lo que ésta tiene de más esencial y precioso: la libertad del hombre; y conteniendo en los extremos las tendencias despóticas en pugna. Esa táctica es la **asimilación del marxismo** por vías legales, la forma económica del Estado, llegando a una **socialización** racional de su estructura, sin que pierda por ello, las virtudes políticas de la Democracia".

Ahora bien, el parlamento de Zum Felde requiere una ampliación.

**La dialéctica en funciones.**—Uno de los primeros teóricos revolucionarios, que admitieron el simplismo de las soluciones dilemáticas, fué precisamente Lenin. En su libro "El capitalismo del Estado y el impuesto en especies" afirma el creador del Estado Soviético que es pueril creer que el mundo oscila únicamente entre el capitalismo y el socialismo, puesto que hay, en la organización de la sociedad, matices ineludibles que son, precisamente, los que sirven para controlar el juego de la política.

La oposición entre fascismo y comunismo, es, dialécticamente, un hecho, pero políticamente un error. Es como aquella frase que el propio Lenin esclareció en un artículo recogido en el folleto "Dos tácticas": la liquidación del parlamentarismo. Históricamente, sí está liquidado como la **democracia política**: pero lo liquidado históricamente subsiste en el hecho por muchos años después de la liquidación histórica. Tal es el caso del Parlamento. Y tal, el de la democracia política.

Sí; es verdad y nadie lo duda: la democracia política está liquidada. Pero, no está su reemplazo en la demagogia ni en el terror blanco o rojo, ni mucho menos en el descolorido centro. Para remediar esta crisis y afrontar las graves tareas del porvenir hay que limpiarse de prejuicios y de palabras más o menos sonoras. La realidad hay que mirarla cara a cara. De ahí la utilidad de éste debate y, a mi juicio, el dubitativo contenido del titular del artículo.

**El aprismo como síntesis.**—Dialécticamente, el comunismo representa la **tesis**. El fascismo, la **antítesis**. Si esto es así, lo interesante es resolver cuál es la **síntesis**. Hace varios meses, bajo el título de "¿Son marxistas los apristas?" publicó "Crítica" de Buenos Aires, en un artículo firmado por Luis Pachacutec, (pseudónimo de un líder del Partido Aprista Peruano), un juicio acerca del marxismo en la política actual del mundo. Ese artículo ha tenido fortuna y ha sido reproducido por "La Nueva Democracia" de Nueva York, en su número de enero, de 1935, por la re-

vista "Hoy" de Santiago de Chile, y por otros periódicos más. El comentario de Zum Felde parece inspirarse en las mismas ideas de Luis Pachacutec, cuyas ideas han sido recogidas en el "New York Times", E. K. James y por la propia redacción en su comentario del 21 de enero de 1935. El resumen de ese pensamiento es el siguiente: **tesis: comunismo; antítesis: fascismo; síntesis: aprismo.**

¿Es el aprismo una gran organización política de izquierda,—ni demagógica ni demagógica,—inspirada en un criterio de socialización progresiva de la estructura del Estado hasta donde sea compatible con los derechos fundamentales de la libertad humana", como dice Zum Felde? Hay mucho de eso. Pero, es necesario aun esclarecer ciertos conceptos: por ejemplo, el de democracia, el de dogmatismo, el de demagogia y el de marxismo.

**El miedo al marxismo.**—Se está creando en América, a base de la malicia unida a la ignorancia, el tabú del marxismo. Se teme la **palabra** marxismo. Quienes tienen un concepto primitivo del material histórico pretenden que éste niega el juicio del espíritu, sin recordar que, hasta en la propia definición de la mercancía, el propio Marx admite el factor espiritual, condicionado por el económico. Olvidan que Mussolini, el antimarxista según unos, no vaciló en declarar a Ludwig que, sin su educación marxista habría sido imposible su triunfo. Si Zum Felde hubiera leído a Luis Pachacutec, a Haya de la Torre, en su artículo "No todo marxismo es comunismo", habría hallado más exactas definiciones. Hablar de dogmatismo y de marxismo es su adaptación constante a la realidad, la dialéctica, la "negación de la negación", el autocriticarse. Dogmático es, según Haya de la Torre, un "marxismo congelado", frase con la que califica la tarea de la Tercera Internacional; o, con expresión de Lucien Lauret, una "camisa de fuerza leninista". De ahí que la pugna no sea,—y en ello acierta Zum Felde,—entre el marxismo y el fascismo, ambos cegados por el dogma y la demagogia, pretendiendo que el mundo sólo tiene dos salidas,—la tesis y la antítesis,—sin acordarse que la solución es la síntesis, lo cual no comporta ningún centrismo ni ninguna transacción, sino, simplemente, una nueva adaptación a la realidad, una creación revolucionaria.

No hay, pues, tal pugna entre el fascismo y el marxismo. La solución americana al menos, está lejos de ambos.

**Sentido de la democracia funcional.**—¿En la democracia? De ningún modo si por democracia se entiende la democracia política igualitaria. ¿En la democracia económica? Sí; a condición de que sea la **democracia funcional**. Este

nuevo concepto, que es diferente al corporativismo fascista y a la organización soviética, presenta una solución diversa y realista. La democracia funcional respeta como principio esencial, el marxista del **trabajo**, germen de la riqueza. Si el trabajo crea la riqueza, el trabajo es la fuente de los derechos políticos, y la organización del Estado debe estar limitada por las exigencias del trabajo, a las funciones de cada cual. Así desaparece la demagogia, sin caer en la tecnocracia un tanto ridícula, pero reservándose la técnica el rol preponderante que le corresponde. El Estado recibe un robustecimiento formidable, sin perjuicio de "los derechos fundamentales de la libertad humana", que quedan, desde luego, sometidos a los intereses de la colectividad. "Entre la exigencia de un individuo y las necesidades de la mayoría, el Aprismo apoya directamente los más, contra los menos, reproduce el problema de la democracia contra la oligarquía, pero una democracia que ya conoce el fracaso de la democracia política y se afianza sobre sólidas bases económicas. ¿Izquierdas? Desde luego: porque es **colectivista** antes que individualista; porque reclama el derecho predominante del **trabajo**; porque admite la lucha de clases; porque cree en el **materialismo histórico**; porque es rotundamente antiimperialista, funcionalista, internacionalista. Pero, sin dogma y sin congelamiento, vigila la evolución del mundo y, la realidad, de la propia teoría que tiene que ajustar su paso a la realidad, sin caer en el ridículo de encasillar la realidad a los libros. Ir a la socialización en países cuyas fuentes de producción están bajo el dominio del imperialismo, implica una etapa precisa de nacionalismo, económico defensivo, que, en América es un nacionalismo continental.

El aprismo representa, pues, dentro de la exposición de Zum Felde, la solución del conflicto actual. El no lo ha dicho, pero bastaría repetir las palabras de Haya de la Torre, el conductor del movimiento aprista, para darse cuenta de que "realísticamente", dialécticamente, es decir, marxistamente, entre la tesis comunista y la antítesis fascista, ambas cerradas, intransigentes y estériles a fuerza de dogmáticas y encastilladas en sus prejuicios, surge como la vía ancha y libertadora, contra los caciquismos y el imperialismo absorbente, contra las oligarquías y los latifundistas, el aprismo—síntesis de la pugna actual—teórica y táctica que merece ya la atención de los pensadores políticos del mundo, aunque déspotas voraces y oligarcas ignorantes y maliciosos cierren oídos y puertas a lo imponderable que penetra siempre, que penetra y se impone porque es la vida misma. Y su nacionalismo continental, sin exclusivismos, sin "bloques del Pacífico", ni "bloques bolivarianos" constituye el frente antiimperialista para poder alcanzar la meta de la política social. Si pues, "tenemos un solo y grande enemigo, formemos una sola y grande unión".

**EN BUENOS AIRES,** Rep. Argentina, puede Ud. solicitar el *Repertorio Americano*, a la EDITORIAL PAN AMERICANA. (Bolívar, 375).

# La historia viva

Por VICTORIA OCAMPO

= De La Nación, Buenos Aires, R. A. =

«Pirámides de un lado; libertad personal del otro. Vemos un número siempre creciente de pirámides, o sus modernos equivalentes; una porción siempre decreciente de libertad personal. ¿Es esto un mero accidente histórico? ¿O son éstas dos especies esencialmente incompatibles? Si resultan ser esencialmente incompatibles, entonces nos preguntaremos algún día muy seriamente qué es lo que vale más la pena tener: pirámides, y una comunidad perfectamente eficiente, perfectamente estable; o bien libertad personal con inestabilidad, pero con la posibilidad, al menos, de un progreso mensurable en términos de espirituales valores».

ALDOUS HUXLEY: «Beyond the Mexique Bay».

La presencia de espíritu tiene para mí algo de milagroso. En uno de los más hermosos lugares del mundo (detrás de tres ventanas abiertas sobre la proa del Quai Bourbon) me encontré con una mujer en quien se cumplió este milagro. Mussolini, habiéndole concedido audiencia, le preguntó a quema ropa, según parece, por qué había deseado verlo. A lo que contestó ella: «Porque me gusta la historia viva».

No se me hizo tal pregunta el día de mi conversación con el Duce, por lo cual doy gracias al cielo, pues quién sabe qué respuesta inepta hubiera tartamudeado. Pero con tiempo suficiente (y con ayuda del «esprit d'escalier») hubiera acabado sin duda por encontrar la contestación que la princesa M. supo disparar con rapidez tan oportuna. Sólo que yo la hubiera encontrado demasiado tarde.

Fué, pues, debido a que (también a mí) me gusta la historia viva, por lo que una clara tarde de otoño subí las escaleras de ese Palacio Venecia, tan severamente magnífico, construido con las piedras del Coliseo y cuya belleza perfecta es insultada, día y noche, por la vecindad del monumento de Víctor Manuel.

Contándome entre quienes, por no creer en las divinidades ordinarias, han transferido a los escritores de genio «su parte de credulidad», era la primera vez que iba a sucederme encontrar el genio bajo otra forma: la de César, dictador perpetuo.

En medio de saludos a la romana y de criados (¿o guardias?) silenciosos, después de una breve espera, en que mis ganas de conocer al Duce tuvieron tiempo de desvanecerse en aprensión, como el dolor de muelas se desvanece en el temor en casa del dentista (por más que uno se repita el «me ne frego» grato a los fascistas, de nada sirve a veces), fui definitivamente abandonada en el umbral de una inmensa sala. El laconismo de su mobiliario, que ya no es preciso



Mussolini

describir, dice «no» a lo superfluo, a lo plural, con una violencia que se impone al visitante menos perspicaz. Para escribir—proclama ese laconismo—sólo hace falta una mesa; para sentarse, una silla; para luz, una lámpara; para pensar y resolver, una cabeza... Me sería difícil recordar la mesa, la silla, la lámpara. En cuanto a la cabeza, me sería difícil no recordarla. Es un monumento a la Resistencia. La mirada se hunde inmediatamente en ese rostro, hasta no poder desasirse más. ¿Cómo hundirse en una materia tan dura? Nada hay en este rostro soberbio (en el sentido pleno de la palabra) que no ofrezca terrible resistencia: resisten los ojos, la frente, la nariz, la boca, la mandíbula inverosímil. La mirada atrae exactamente como la llamarada de una chimenea atrae la mirada en un caurto.

Las primeras palabras que cambiamos no me son más fáciles de recordar que la mesa, la silla, la lámpara... Poco importan. Lo que importa es «esa presencia» que el visitante debe tragarse como la

boa constrictor se traga la presa entera. (La digestión, para más tarde). Lo que se «oye» es esa presencia: es maciza, compacta. Se soporta como un choque. Ocupa tanto lugar que es como si poblara por sí sola la inmensa sala del Palacio Venecia.

Algunos días antes, cuando 23 mil balillas desfilaron ante Mussolini, lo había observado yo desde la tribuna opuesta a la suya, en la Vía dell'Impero, y había fotografiado algo que cambia extraordinariamente la expresión de su rostro: su sonrisa. Imaginaos una máscara de piedra rota por una sonrisa en que toda dureza parece disolverse instantáneamente.

Esta sonrisa me parece tan característica en él como la mirada. La mirada tan sostenida, tan directa de sus ojos redondos, muy abiertos, ante los cuales se pregunta uno si los párpados fijos, inmóviles, llegan alguna vez a bajarse. Esta facultad de no pestañear (en sentido propio y figurado) es reforzada por algo análogo en la elocución: ni una vacilación, por mínima que sea. Hice varias

preguntas al Duce acerca de la mujer, de su papel en el estado fascista y de la opinión que él tiene de sus aptitudes. La respuesta me fué lanzada siempre como por una catapulta. Las frases precisas, interrumpidas por pequeños silencios, no dejan lugar a ningún malentendido, a ninguna duda. El tono es cortante y no hay rudo gordiniano que no corte. Hay en esta falta de circunloquios algo que resulta simpático, aun cuando la respuesta contradiga nuestras más íntimas convicciones. ¿Por qué?

«La Italia fascista — digo al Duce — piensa que el primer deber de la mujer es el de dar hijos al Estado; pero, ¿no le parece que la mujer puede también colaborar con el hombre de otra manera?»

El Duce contesta: «No.» Un «no» rotundo. «¿Cree usted—agrega—que Julio César, Napoleón, Bismarck, hayan tenido necesidad de colaboración?» Y luego, ante mi silencio, que interpreta perfectamente: «¿Cree usted que Dante haya escrito la «Commedia» a causa de Beatriz? Lo que ha inspirado a Dante es el odio a Florencia.»

Un porcentaje de odio a Florencia entra evidentemente en la «Commedia». Pero se necesita buena voluntad para no ver en ese poema otra cosa. Y admitamos la hipótesis de que así haya sido para Dante. Hay otros poetas... Y hay también en la historia, si no me engaño, la nariz de Cleopatra. Esa nariz que, si hubiese sido más corta, habría cambiado la faz del mundo.

Lo que Mussolini piensa de la mujer no se presta a equívocos. No se debe meter en política, porque no la entiende. Ni en filosofía, ni en música, ni en arquitectura, por la misma razón. Hay excepciones, claro; pero no hacen más que confirmar la regla.

Entre paréntesis, y a propósito de arquitectura, todo elogio será poco para el apoyo prestado por el Duce a los jóvenes arquitectos modernos y a la arquitectura moderna. Estos jóvenes comienzan a demostrar su talento de la manera más convincente. Tanto Le Corbusier como Gropius me han hablado de ellos con la mayor estima y la más sincera admiración. Mientras que en Alemania y en Rusia el arquitecto moderno ha pasado a la categoría de desocupado, y ve rechazados y anulados todos sus proyectos, en Italia encuentra la aprobación eficaz e inteligente del Duce.

Volviendo a las opiniones de Mussolini sobre la mujer (tema principal de mi conversación con él), a su juicio, la mujer puede servir en medicina, siempre que no sea en cirugía. Como enfermera la encuentra eximia. Irreemplazable para la educación de la primera infancia.

(Pasa a la página 237)

# Una conversación entre Stalin y Wells

= De *Leviatán*. Madrid, enero de 1935. Texto taquigráfico; cotejo cuidadoso de la transcripción de K. Umanski con la versión inglesa =

WELLS.—Le agradezco mucho, señor Stalin, que haya consentido en recibirme. Hace poco estuve en los Estados Unidos, y habiendo tenido una larga entrevista con el presidente Roosevelt, traté de esclarecer en qué consistían sus ideas directivas. Ahora vengo ante usted para preguntarle cuál ha sido su labor en pro de la transformación del mundo...

STALIN.—No ha sido gran cosa.

WELLS.—Voy de un país para otro como un simple mortal, y en más frecuentes correrías suelo dedicarme a considerar, en calidad de simple mortal, lo que pasa en mi derredor.

STALIN.—Hombres públicos importantes, que despliegan la enorme actividad de usted, no pueden ser considerados como "simples mortales". Claro está que sólo la Historia puede llegar a demostrar la mayor o menor importancia de cada hombre público en particular; pero, en todo caso, usted no es de los que ven el mundo como "simples mortales".

WELLS.—No presumo de modesto. Solamente quería decir que me esfuerzo por observar, con ojos de hombre sencillo, y no con los del político o del estadista. El viaje que acabo de hacer por los Estados Unidos de Norteamérica me produjo una gran impresión. El viejo mundo financiero se derrumbaba allí, y se reconstruye conforme a nuevas normas la vida económica de aquel país. Lenin dijo que era menester que aprendiésemos el "trato comercial", y que eso únicamente podíamos aprenderlo de los capitalistas. Son éstos los que tienen ahora que venir a aprender entre ustedes a concebir el espíritu del socialismo. Me parece que en los Estados Unidos se está operando, mediante la idea creadora de una economía planificada, es decir, socialista, una profunda organización. Usted y Roosevelt parten de dos puntos de salida diferentes. Pero ¿no existe, acaso, cierta relación de ideas, algún parentesco ideológico entre Washington y Moscú? Por ejemplo, lo que allí me llamó la atención es idéntico a lo que aquí se hace: ensanchamiento del aparato administrativo, creación de una serie de nuevos órganos reguladores del Estado, organización de un servicio social que lo abarque todo. Lo que allá como aquí, hace falta, es capacidad directora.

STALIN.—El objetivo que se persigue en los Estados Unidos es



Stalin

distinto al que nosotros perseguimos aquí en la U. R. S. S. El fin que los norteamericanos se han propuesto lograr surgió de la confusión económica, de una crisis de la economía. Quieren resolverla apoyándose en la actividad del capitalismo privado, sin cambiar sus bases económicas. Hacen esfuerzos por reducir al mínimo el desastre y la ruina de que ha sido causa el actual sistema económico. En cambio, nosotros, como usted bien lo sabe, en lugar de las viejas bases económicas, ya demolidas, hemos creado un sistema económico nuevo, completamente distinto. Aun suponiendo que los norteamericanos de que usted habla realizaran en parte sus propósitos, es decir, que redujeran hasta el mínimo los perjuicios que el sistema actual ocasiona, aun así no lograrían extirpar las raíces de anarquía, que son inherentes al sistema capitalista existente.

Es que ellos se empeñan en conservar un orden económico que necesariamente habrá de acabar, que no podrá acabar más que en el desorden de la producción. De

tal manera que para ellos, en el mejor de los casos, no se trata de reconstruir el viejo orden social que engendró la crisis y la anarquía, sino de limitar sus aspectos negativos aislados, limitar algunos de sus abusos. Subjetivamente, puede ser que esos norteamericanos piensen que están transformando la sociedad; pero objetivamente conservan las mismas bases de la sociedad actual. De ahí que no se logre, en realidad, ninguna reconstrucción social.

De suerte que tampoco la economía planificada podrán realizarla. ¿Qué debe entenderse por economía dirigida, basada en un plan? ¿Cuáles son sus principales rasgos característicos? La economía planificada tiende, en primer lugar, a liquidar el problema del paro forzoso, de los sin trabajo. Vamos a suponer que, a pesar de conservarse el sistema capitalista, se llegara a reducir ese paro a determinado grado mínimo. Pero jamás habrá capitalista alguno que esté de acuerdo en que se liquide por completo tal problema, en que se acabe con el ejército de reserva que constitu-

yen los sin trabajo, el cual tiene por objeto principal ejercer una presión sobre el mercado de energía humana, y garantizar así mano de obra barata. Ahí tienen ustedes ya, por lo pronto, un fallo en la "economía planificada" de la sociedad burguesa. Además, la verdadera economía dirigida, desarrollada conforme a un plan, presupone el refuerzo ulterior de la producción en todas aquellas ramas de la industria cuyos productos sean particularmente necesarios para las masas populares. Usted sabe, sin embargo, que el aumento de la producción bajo el capitalismo proviene de motivos completamente distintos, que el capital afluente hacia las industrias donde los dividendos son más crecidos. Jamás se obligará al capitalista a que se cause daños a sí mismo, ni a consentir menores ganancias con tal de satisfacer las necesidades de las masas. Sin liberarse de los capitalitas, sin abolir el principio de la propiedad privada sobre los medios de producción, no puede usted crear ninguna economía dirigida propiamente dicha.

WELLS.—Estoy de acuerdo con mucho de lo que usted acaba de decir; pero lo que yo deseaba recalcar era que si la totalidad de un pueblo acepta el principio de la economía planificada, si el Gobierno comienza gradualmente, paso a paso y de un modo consecuente, a infiltrar ese principio, se llegará en fin de cuentas a desterrar la oligarquía financiera e instaurar el socialismo, tal como el mundo anglosajón lo comprende. Los lemas de Roosevelt acerca del "nuevo orden" son de un efecto colosal. A mi entender, no difieren en nada de los del socialismo. Me parece que, en vez de acentuar el antagonismo que actualmente existe entre ambos mundos, deberíamos, por el contrario, esforzarnos en establecer, dentro del ambiente actual, un idioma común para todas las fuerzas constructivas.

STALIN.—Cuando hablo de la imposibilidad de realizar los principios de la economía dirigida conservando las bases del capitalismo, no deseo por ningún concepto subestimar las excepcionales cualidades personales de Roosevelt: su iniciativa, su entereza, su decisión. Es indudable que, de todos los capitanes del mundo capitalista de hoy, Roosevelt es una de las figuras más relevantes.

Por eso insisto en afirmar que, cuando hablo de la imposibilidad de aplicar un plan dentro de las condiciones del capitalismo, de

ninguna manera dudo de las aptitudes personales, ni del talento o de la intrepidez del presidente Roosevelt. Pero ni el adalid más genial podrá alcanzar la meta de que usted habla, si el ambiente en que se mueve le es hostil. Teóricamente, por supuesto, cabe la posibilidad, dentro de las condiciones del sistema actual, de encaminarse poco a poco, paso a paso, hacia esa finalidad que usted interpreta como "un socialismo en el sentido anglosajón". Pero ¿qué vendrá a significar en realidad ese "socialismo"? En el mejor de los casos, significará un freno, hasta cierto punto, para los más desenfrenados logreros, que sólo piensan en sus ganancias, cierto reforzamiento en la aplicación del principio de poder regulador en la economía nacional. Todo eso está muy bien. Pero cuando Roosevelt o cualquier otro capitán del mundo burgués contemporáneo quiera emprender algo más serio para minar las bases del capitalismo, tropezará inevitablemente con el fracaso. Pues los Bancos no son de Roosevelt; la industria, las grandes Empresas, las altas finanzas, no se hallan en sus manos, sino que son propiedad privada. Del mismo modo que los ferrocarriles y la Marina mercante pertenecen a empresarios particulares. Por último, todo el ejército de operarios expertos, los ingenieros, los técnicos en general, tampoco están al servicio personal de Roosevelt, sino que dependen y están a las órdenes de Empresas privadas. Por otra parte, es menester recordar cuáles son las funciones del Estado burgués. Es institución en que se organizan las defensas del país, es organización que protege el "orden" existente, es aparato recaudador de impuestos. Es más: la economía, en el sentido escrito de la palabra, le importa poco al gobierno capitalista, pues no es él quien la posee. Sucede lo contrario: es el Estado el que se halla en las garras de la economía capitalista. A esto precisamente obedece mi temor de que Roosevelt, a pesar de toda su energía y de todos los medios de que dispone, no logrará el fin de que usted hablaba, si éste es, en efecto, su propósito. Posiblemente dentro de algunas generaciones fuera posible acercarse algo hacia ese fin. Pero personalmente creo que incluso esto es poco verosímil.

WELLS.—Quizá sea yo, de nosotros dos, el que más fe tenga en la interpretación económica de la política. Merced a los inventos y a la ciencia moderna en general, se han puesto en actividad corrientes poderosas que conducen a un mejor funcionamiento de la co-

lectividad humana; vale decir, al socialismo. La organización y la regularización de los actos individuales se han convertido en necesidad mecánica, independientemente de las teorías sociales. Si se comienza por establecer el control del Estado sobre los Bancos, luego se extiende a las Compañías de transporte y a la industria y al comercio en general, llegará al fin a crearse un dominio absoluto que equivaldrá a la propiedad del Estado en todos los sectores de la economía nacional. Tal será el proceso evolutivo de la socialización. De suerte que el socialismo por un lado y el individualismo por otro, no resultan tan diametralmente opuestos como, por ejemplo, lo negro y lo blanco. Hay grados intermedios entre ellos. Hay el individualismo que linda con el bandidaje, y hay la disciplina y la forma de organizar que equivalen al socialismo. El organizar la economía conforme a un plan depende en mucho de los organizadores, de una intelectualidad técnica preparada y que pueda ir siendo paulatinamente convertida a los principios del socialismo. Esto es lo más importante. Porque primero es organizar y después instaurar el socialismo. La organización es el factor primordial. Sin la organización, el socialismo no es más que una idea.

STALIN.—No existe ni debe existir un contraste irreconciliable entre el individuo y la colectividad, entre los intereses de un individuo aislado y los de la sociedad colectiva. No debe ser, pues el colectivismo, que es el socialismo, no niega, sino que asocia los intereses del individuo con los de la colectividad. El socialismo no puede alejarse de los intereses individuales. Únicamente la sociedad socialista puede satisfacer de un modo amplio estos intereses. Es más, la sociedad socialista representa la única garantía sólida para los intereses personales. En tal sentido, no existe contraste irreconciliable alguno entre la "individualidad" y el socialismo. Pero ¿sería dable negar el contraste entre clases, entre las clases opulentas, la clase capitalista y la clase trabajadora, clase del proletariado? De un lado tenemos a la clase de los poderosos, en cuyas manos se hallan los Bancos, las fábricas, las minas, los medios de transporte y las plantaciones en las colonias. Estas gentes no ven nada que no sea sus propios intereses y su afán de lucro. Lejos de someterse a la voluntad de la colectividad, se esfuerzan por domeñarla. Por otra parte, tenemos la clase pobre, la clase de los explotados, que no poseen fábricas

ni Bancos y que necesitan vender a los capitalistas su fuerza de trabajo para poder vivir, imposibilitados como se hallan para satisfacer las más elementales exigencias. ¿Cómo ha de ser posible conciliar intereses y tendencias tan opuestas? Que yo sepa, Roosevelt no ha encontrado la manera de conciliar estos intereses, cosa absolutamente imposible de realizar, según lo ha probado eloquentemente la experiencia. Por lo demás, usted está más enterado que yo de la situación en los Estados Unidos de Norteamérica, ya que nunca estuve en dicho país y sigo las cuestiones norteamericanas principalmente a través de lecturas. Pero, en cambio, yo poseo cierta experiencia de lo que afecta a la lucha en favor del socialismo. Esa experiencia me dice que si Roosevelt intentara en realidad satisfacer los intereses del proletariado, a costa de la clase capitalista, esta última le sustituiría por otro Presidente. Los capitalistas dirían: "Los Presidentes van y vienen, mientras que nosotros los capitalistas continuamos intangibles; si éste u otro Presidente no protege nuestros intereses, ya encontraremos otro Presidente que nos obedezca". ¿Qué objeciones puede un Presidente oponer a la voluntad de la clase capitalista?

WELLS.—Discrepo de esa clasificación simplista de la humanidad en pobres y ricos. Desde luego existe una categoría de gentes que no aspiran más que a lucrarse. Pero ¿no es cierto que esas gentes, tanto en los Estados Unidos como en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, son consideradas como nocivas? ¿Son acaso pocas las gentes en los países occidentales para quienes la ganancia no es una finalidad; gentes que poseen ciertos medios de fortuna y quieren invertirlos para obtener una utilidad, pero sin que esto constituya el objetivo principal de sus actividades? Estas gentes consideran la inversión de sus fortunas como una necesidad más bien desagradable. ¿Acaso escasean los ingenieros de talento que se dedican con fervor a sus labores, o economistas cuya actividad es estimulada por otro motivo que la ganancia? A mi ver, existe una clase numerosa compuesta de gentes competentes, que tienen conciencia de lo poco satisfactorio que es el sistema actual. Esas gentes están llamadas a cumplir una gran misión en la sociedad futura. Me he ocupado bastante en estos últimos años de esos estudios y he meditado mucho acerca de la necesidad de propagar las ideas socialistas y del cosmopolitismo entre ingenieros, aviadores, los

círculos técnico-militares, etc. No tendría objeto, desde luego, acercarse a esos círculos llevando a ellos una abierta propaganda en favor de la lucha de clases. Todo el mundo sabe bien, en esos medios sociales, que la tierra entera se ha convertido en un caos sangriento, pero al mismo tiempo consideran que el antagonismo primitivo de la lucha de clases, tal como ustedes la entienden, es una aberración.

STALIN.—Discrepa usted de lo que llama "clasificación simplista de la humanidad" en pobres y ricos. Es cierto que existen capas medias, que existe asimismo un cuerpo técnico, como usted lo ha dicho, y que entre esos elementos hay personas buenas y honradas. Del mismo modo que se encuentran malas y perversas. Hay de todo entre ellos. Mas ante todo, la sociedad humana sigue dividiéndose en ricos y pobres, en opulentos y explotados. Apartarse de esa división fundamental y del antagonismo entre pobres y ricos, significa sencillamente desviarse del hecho fundamental. No niego la existencia de capas intermedias que oscilan hacia cualquiera de estos dos bandos principales, o bien ocupan en esa lucha una posición neutral, a veces semi-neutral. Pero, repito que abstraerse de esa división fundamental de que hablamos y de esa lucha primordial entre ambas clases de base, significa ignorar los hechos. Esa lucha continúa y continuará. El desenlace sólo podrá resolverlo la clase del proletariado, los trabajadores.

WELLS.—Pero ¿cree usted que son pocas las gentes que a pesar de no estar catalogadas como pobres trabajan y lo hacen de un modo productivo?

STALIN.—Es evidente que existen pequeños labradores, artesanos y comerciantes modestos. Pero no son estas gentes quienes deciden la suerte de un país, quienes producen todo lo que la sociedad necesita.

WELLS.—Pero hay especies muy diferentes de capitalistas. Los hay que piensan tan sólo en la ganancia. Hay otros que están dispuestos a hacer sacrificios. Así, por ejemplo, el viejo Morgan: gentes como él no piensan más que en dividendos. Son simples parásitos de la sociedad, que se dedican exclusivamente a acumular riquezas para su propio beneficio. En cambio, Rockefeller resulta un excelente organizador. Ha sentado un ejemplo al organizar la distribución del petróleo, que es digno de emularse. Luego tenemos también a Ford; sólo que él es astuto y egoísta. Nadie puede negarle, sin embargo, su febril entusiasmo de organizador

en materia de producción racionalizada, ramo del que ustedes mismos han aprendido bastante. Deseo hacer resaltar de paso que en estos últimos tiempos se ha venido operando un cambio muy importante en la opinión de los países anglosajones con respecto a la Unión Soviética. Esto se debe, en primer lugar, a la actitud adoptada por el Japón y a los acontecimientos que se han venido desarrollando en Alemania. Pero existen otras causas que, naturalmente, no provienen tan sólo de la política internacional. Hay una causa mucho más honda: el reconocimiento por parte de muchas gentes de que el sistema basado exclusivamente en la ganancia privada, se desploma. En tales circunstancias, se me figura que en vez de insistir en el antagonismo que separa a los dos mundos, deberíamos esforzarnos por armonizar en grado máximo todas las fuerzas constructivas que existen. Tengo idea, señor Stalin, de que en este sentido resulto ser más izquierdista que usted; creo que el sistema antiguo está más cerca de su fin de lo que usted piensa.

STALIN.—Cuando hablo de los capitalistas que sólo aspiran al lucro y a la ganancia, no quiero decir que esas gentes sean incapaces de mejores actividades. Muchos de entre ellos tienen, sin ningún género de duda, grandes aptitudes organizadoras que no quiero ni puedo negar. Los soviéticos hemos aprendido muchas lecciones de esos capitalistas. Considero que Morgan, a quien usted pinta tan desfavorablemente como tipo negativo, es un gran organizador, muy capaz. Pero si se trata de gentes que se dediquen a reconstruir el mundo, no se puede ciertamente ir a buscarles entre los que se desviven por el lucro. Con respecto a esas gentes, nosotros representamos el polo opuesto. Hablaba usted hace un momento de Ford, quien evidentemente es un hábil organizador en materia de producción. Pero nada dijo usted acerca de su actitud con respecto a la clase obrera. ¿Ignora usted acaso la cantidad de obreros que ese magnate arroja a la calle a cada momento? Capitalistas de esa ley se hallan de tal modo embebidos en contar las ganancias, que ninguna fuerza puede arrancarles de ese fin. No, señor Wells, el sistema capitalista será destruido no por los "organizadores" de la producción, ni tampoco por la intelectualidad técnica, sino por la clase obrera, pues las capas intermedias no desempeñan en la economía ningún papel independiente. Sabido es que tanto el ingeniero como el propio organiza-

dor de la producción trabajan, no como ellos quisieran, sino del modo que se les ordena, mejor dicho, como los intereses del patrono lo exigen. Como es natural, existen ciertas excepciones, gentes que se han curado de la intoxicación del capitalismo. Los intelectuales y técnicos pueden hacer verdaderos "milagros", y ser extremadamente útiles a la humanidad. Pero también pueden causarle graves daños. En la U. R. S. S. tenemos alguna experiencia en ese sentido. A raíz de la revolución de octubre hubo no pocos intelectuales y técnicos en general que se negaron a tomar parte en la edificación de la nueva sociedad. No sólo se oponían a esa reconstrucción, sino que hasta conspiraban contra ella, y la sabotearon. Empleamos todos los medios a nuestro alcance para atraerles a nuestro empeño constructivo. Pero pasó tiempo antes de que esos intelectuales y técnicos se decidieran a prestar ayuda activa a nuestra obra. En la actualidad, la mayor y mejor parte de ellos han entrado de lleno en las filas del constructivismo socialista. Esta experiencia nos ha enseñado, pues, a no despreciar las cualidades, ya sean positivas, ya negativas, de los intelectuales, pues sabemos que lo mismo pueden servir en algunas ocasiones para causar perjuicios como en otras para hacer "milagros". Cosa muy distinta sería si pudiéramos arrancar de cuajo la intelectualidad al mundo capitalista. Pero eso es utópico pensarlo. ¿Existen muchos individuos, por ventura, dentro de la intelectualidad técnica, que se decidieran a romper así con el mundo burgués y comenzar la construcción de la nueva sociedad? ¿Cree usted que en Inglaterra, Francia, etc., abundan tales individuos? Desgraciadamente, son contados; los más temen desprenderse de sus amos.

Además, ¿puede perderse de vista el hecho de que, para transformar el mundo, es necesario poseer "el poder político"? Se me figura, señor Wells, que usted no concede la importancia que tiene al poder político, excluyéndolo en general de su concepto. Pues ¿qué pueden hacer los hombres, aun animados de las mejores disposiciones, si no son capaces de plantearse la cuestión de la toma del poder y si no tienen en las manos ese poder? Todo lo más podrán cooperar con la nueva clase que tome el poder; pero por sí solas no podrán cambiar el universo. Eso es tarea de una clase fuerte que aniquile a la clase capitalista, y que a su vez se convierta en dueña absoluta. Y esa clase es la clase obrera. Claro que

para ello es preciso acoger la cooperación de los intelectuales y técnicos, prestándoles a su vez ayuda. Pero no hemos de deducir de ahí que dicha intelectualidad pueda desempeñar un papel histórico independiente. La transformación del mundo constituye un proceso largo, complicado y doloroso. Tamaño propósito exige los esfuerzos de una clase que imponga respeto. A nave grande fuerte marinería, y se requiere nave grande si el viaje es largo.

WELLS.—Sí; sólo que los largos viajes requieren capitán y navegante.

STALIN.—Es cierto, pero requieren, ante todo, un gran navío. Pues ¿qué es un navegante sin barco? Es un hombre sin misión.

WELLS.—El gran navío representa, en todo caso, a la humanidad entera, no a una clase.

STALIN.—Es porque usted parte de la premisa de que todos los hombres poseen sana intención. Yo no olvido que entre ellos hay muchos malos y perversos. No creo en la bondad de la burguesía.

WELLS.—Ahora recuerdo la situación en que se hallaba, hace más de veinte años, la intelectualidad técnica. El número de intelectuales era entonces reducido, y en cambio el trabajo abundaba, de suerte que cada ingeniero, técnico o intelectual encontraba dónde aplicar sus conocimientos. A causa de eso era la clase menos revolucionaria. En cambio, ahora se nota superabundancia de intelectuales y técnicos, y por eso su estado de ánimo ha sufrido una brusca transformación. Hay especialistas hoy día que jamás hubieran prestado oído, en otras condiciones, a los propósitos revolucionarios que hoy día les atraen. No hace mucho fui invitado a una comida de la Real Sociedad Británica por nuestra Academia de Ciencias. El discurso del presidente versó en lo general sobre los planes de organización social y la dirección científica del Poder. Hace treinta años hubiera sido de todo punto imposible siquiera intentar hablar de eso, y ahora se halla encabezando esa misma Sociedad un hombre que expresa puntos de vista revolucionarios, y que insiste en la reorganización científica de la colectividad humana. La propaganda que ustedes han difundido acerca de la lucha de clases ya no está al día; se ha quedado rezagada con relación a estos hechos. El estado de ánimo de los intelectuales va cambiando.

STALIN.—Sí; me doy cuenta de ello, y eso mismo viene a explicarnos que la sociedad capitalista se encuentra actualmente

en un callejón sin salida. Los capitalistas buscan en vano una salida que, además de ser digna, corresponda a sus propios intereses de clase. Podrían, parcialmente salir de la crisis, a duras penas, como a rastras; pero lo que es una salida que les permita llevar la cabeza en alto, que no choque radicalmente con los intereses del capitalismo, ésa no podrán encontrarla. Y esto, desde luego, lo comprenden ya en amplios círculos intelectuales y técnicos. Parte importante de ellos comienza a darse cuenta de la comunidad de sus intereses con los de la única clase capaz de iniciar la manera de salir de ese callejón.

WELLS.—Señor Stalin, usted sabe mejor que cualquiera otra persona lo que es la revolución, sobre todo en la práctica. ¿Puede, acaso, afirmarse que las masas se hayan sublevado alguna vez por sí solas? ¿No considera usted como verdad demostrada el hecho de que todas las revoluciones, sin excepción, han sido realizadas por minorías?

STALIN.—Pará hacer la revolución es precisa una minoría dirigente. Pero aun la más genial decidida y enérgica de las minorías resultará impotente si no se apoya en la adhesión, aunque fuere pasiva, de millones de seres.

WELLS.—¿Cómo "aunque fuere pasiva"? ¿Acaso la adhesión de las masas puede ser subconsciente?

STALIN.—Esa ayuda puede ser parcial, semi-instintiva o semi-consciente; pero sin que ella sea aportada por millones en masa, la más identificada de las minorías irá al fracaso.

WELLS.—He venido siguiendo de cerca la propaganda comunista que actualmente se hace en los países occidentales, y me parece que, en las condiciones presentes, resulta harto pasada de moda, pues tiene marcada tendencia a los métodos insurreccionales. Esta propaganda en pro de un derrocamiento violento del orden social era, quizá, oportuna cuando iba dirigida contra el dominio absoluto de tal o cual tiranía. Pero en las condiciones que ahora reinan, cuando el sistema dominante mismo empieza a descomponerse, la propaganda, a mi ver, no debería basarse en la idea de la insurrección armada, sino más bien en lo efectivo, en la eficiencia, la competencia y la productividad. La nota insurreccional me parece fuera de uso en nuestros días. Desde el punto de vista de los que pensamos conforme a un espíritu constructivista, la propaganda comunista se vuelve un obstáculo.

STALIN.—Es evidente que el sistema social antiguo se vuelve

caduco y se derrumba. Eso es absolutamente verídico. Pero no es menos palpable que se hacen todos los esfuerzos imaginables por socorrer y salvar a ese sistema moribundo. Después de sentar una premisa justa, saca usted de ella una conclusión errónea. Observa usted primero, con justeza, que el viejo mundo se está cayendo a pedazos. En cambio cae usted en un error cuando afirma que ese mundo se está desplomando y se destruirá por sí solo. No; sustituir un orden social por otro implica un largo y complicado proceso revolucionario. No es un proceso espontáneo. Es más bien una lucha, un proceso relacionado con el choque de clases. Por podrido que consideremos al capitalismo, no podemos compararlo, sin caer en cierta ingenuidad, a un árbol que estuviera a punto de caerse solo. No; la revolución, la sustitución de un orden social por otro, ha significado siempre lucha, lucha dolorosa y cruel, lucha de vida o muerte. Y cada vez que los hombres de un nuevo régimen escalan el Poder, tienen por fuerza que defenderse contra las tentativas que los del viejo régimen hacen por restablecer, violentamente, el antiguo orden social. Tienen, por fuerza, que vivir alertas, prestos siempre a parar el golpe del añejo sistema agonizante.

De suerte que usted tiene razón cuando afirma que el carcomido sistema capitalista se derrumba; pero no acierta cuando de ahí deduce que ese sistema habrá de morir por inanición. Ahí tiene usted el fascismo, fuerza perfectamente reaccionaria, que tiende precisamente por medio de la violencia, a conservar los viejos moldes. ¿Qué cree usted que hay que hacer con los fascistas? ¿Exhortarlos a que se vuelvan buenos? ¿Tratar de convencerlos? Todo eso no ejercería en sus conciencias ninguna influencia.

No quiero decir que los comunistas idealicen los métodos de violencia. Lo que quieren es que nadie les coja desprevenidos. No quieren forjarse la ilusión de que el viejo mundo, mejor dicho, los que lo rigen, van a retirarse motu proprio. Y como ven que el viejo régimen se defiende con la violencia, ellos advierten a la clase obrera: "Preparaos a resistir con la fuerza contra la fuerza, y sobre todo procurad que el viejo régimen, al derrumbarse, no os aplaste. No permitáis que nadie os ate las manos, que son las manos con que habéis de derrocar el antiguo régimen".

Como usted ve, la sustitución de un orden por otro no puede ser un simple proceso espontáneo y apacible, sino complicado, largo

y violento. Los comunistas lo han comprendido así, pues no pueden ignorar los hechos, cerrar los ojos a la evidencia.

WELLS.—Pero ¿usted se da cuenta de lo que actualmente acaece en el mundo capitalista? No se trata tan sólo del derrumbamiento del régimen político; es una verdadera explosión de la violencia reaccionaria, que degenera en abierto "gangsterismo". A mí me parece que en el conflicto con la violencia reaccionaria y estúpida, los socialistas están obligados a recurrir a la ley, y en lugar de considerar a la Policía como enemiga, por el contrario deben sostenerla en su lucha contra la reacción. Me parece, por último, que los métodos del viejo socialismo insurreccional carecen de flexibilidad, que es ya imposible actuar con ellos.

STALIN.—No hay que olvidar que los comunistas se basan en una gran experiencia, y es que las clases que abandonan la escena histórica no lo hacen por su propia voluntad. Rememore usted, si no, la historia de Inglaterra allá en el siglo xvii. ¿Acaso no se aseguraba entonces también que el viejo orden social estaba podrido? Y a pesar de eso, ¿fué o no fué menester que Cromwell viniera a abatir ese régimen por la fuerza?

WELLS.—Cromwell procedió con apoyo en la Constitución, y en nombre del orden constitucional.

STALIN.—En nombre de la Constitución recurrió a la violencia, mandó ejecutar al rey y dispersar el Parlamento, poniendo presos a unos, decapitando a otros! Pues bien, tomemos ahora el ejemplo de nuestra propia Historia. ¿Acaso no era claro desde hacía muchos años que el orden zarista estaba en trance de derrumbamiento? Y con todo, ¿cuánta sangre costó derrocarlo! ¿Y el ejemplo de la Revolución de octubre? ¿No eran muchos los que comprendían que sólo nosotros, los bolcheviques, indicábamos con acierto la única salida posible? El capitalismo ruso estaba podrido; de eso no había duda. Y, sin embargo, usted sabe la tremenda resistencia que fué necesario vencer, y la sangre que hubimos de derramar para defender esa Revolución, aun después de consumada, de todos sus enemigos interiores y exteriores.

O si usted prefiere, pasemos a Francia en las postrimerías del siglo xviii. Mucho antes del 1789, y para bien de la Humanidad, la descomposición del poder realista y del orden feudal era ya algo más que evidente. Sin embargo, la Historia nos demuestra que los acontecimientos no se desarrolla-

ron, ni podían tampoco desarrollarse, sin la intervención de una insurrección popular, sin un choque de clases.

Y ¿qué era lo que entonces se debatía? Un hecho, el de que las clases destinadas a desaparecer de la Historia vienen a ser las últimas en convencerse de que su papel ha terminado. Que es materialmente imposible persuadirse de lo contrario, pues a ellas les sigue pareciendo que las grietas del carcomido edificio tambaleante son susceptibles de reparación. A esa errónea convicción y no a otra cosa se debe el que la clase agonizante decide tomar las armas y defender por todos los medios su existencia de clase dominante.

WELLS.—Pero es de notar que a la cabeza de la Revolución francesa marchaban numerosos abogados.

STALIN.—No se trata de negar la participación de los intelectuales en los movimientos revolucionarios. Pero ¿fué la Revolución francesa una revolución de abogados o una revolución popular que venció sublevando a las grandes masas contra el feudalismo, defendiendo los intereses del Tercer Estado? Esos abogados que figuraban entre los jefes de la gran Revolución francesa, ¿actuaban de conformidad con las leyes del viejo régimen, o bien para construir un nuevo código revolucionario (burgués)?

No, señor Wells; la experiencia histórica, que es ya bien copiosa, nos enseña que no ha habido clase alguna que cediera nunca su puesto de buen grado. La Historia del mundo no registra semejante antecedente. Lo único que los comunistas han hecho ha sido asimilarse esa experiencia. Ellos hubieran sido los primeros en saludar la desaparición voluntaria de la burguesía, créamelo usted. Sólo que el acontecimiento, dentro del terreno histórico, resulta inverosímil. De ahí que, deseando estar preparados para todo evento desagradable, recomienden a la clase obrera que viva atenta y lista para la batalla. ¿A qué conduciría que un capitán general, comprendiendo que el enemigo no habrá de rendirse nunca por las buenas y que es preciso aniquilarle, descuidase la vigilancia de su propio ejército? El capitán o el comandante en jefe que procediera así, sencillamente engañaría, traicionaría a la clase obrera. Ya ve usted cómo eso que a usted le parecía, hace un momento, procedimiento anticuado, es en realidad, una medida revolucionaria de gran utilidad para la clase trabajadora.

WELLS.—De ninguna manera ha sido mi deseo negar la nece-

sidad de la violencia; pero estimo que las formas de lucha deben estar más en acuerdo con las posibilidades de las leyes existentes; que es preciso defenderlas de los ataques de la reacción. Sostengo que no urge tanto desorganizar el viejo régimen, supuesto que él, de por sí, se está desorganizando. De ahí que la lucha insurreccional contra el orden, contra la ley, me parezca algo anticuado y carente de efectividad. En suma, si exagero un tanto es con la intención únicamente de hacer aparecer la verdad con mayor realce. Podríamos formular mi punto de vista así:

Primero, soy partidario del orden; segundo, ataco el sistema actual en tanto no nos garantice ese orden, y tercero, estimo que la propaganda basada en la lucha de clases puede tener por resultado apartar del socialismo a los intelectuales, que son indispensables para implantar y realizar el socialismo.

STALIN.—Si se desea realizar una gran obra social, es preciso no perder de vista, en primer lugar, la fuerza primordial y el apoyo de la clase revolucionaria. Precisa, además, la ayuda de una fuerza organizada, esa otra fuerza, que en nuestro caso es el Partido, al que pertenece lo mejor de los elementos intelectuales. Pero antes aclaremos: ¿A qué clase de hombres instruidos se refería usted cuando hablaba de las "capas intelectuales"? ¿No figuraron muchos intelectuales entre los partidarios del viejo régimen, en Francia a fines del xvii, o en la época de la Revolución de octubre en Rusia? No perdamos de vista que el antiguo régimen atrajo a sus filas a muchos hombres instruidos, que lo defendían luchando contra el régimen nuevo. El arma de la instrucción produce el efecto que el que la esgrime se propone; hiere donde el que la maneja pone el ojo. Resulta, pues, innegable que el proletariado tiene también necesidad de recurrir a hombres muy instruidos para defender el socialismo. Naturalmente que no van a ser los torpes los que vengán a defender el socialismo, ni a ayudar al proletariado para construir una nueva sociedad. Yo no desprecio el papel de los intelectuales. Al contrario, les tomo muy en cuenta. Lo único que me propongo saber es de qué clase de intelectuales se trata, pues hay varios tipos de intelectual.

WELLS.—Sin que antes se opere un cambio radical en los sistemas de educación, no puede haber revolución. Dos ejemplos bastan a demostrarlo. En primer lugar, el de la República alemana, que en nada ha tocado a los viejos

métodos de educación, por lo que jamás ha pasado a ser verdadera República. Luego, el del Partido Laborista en Inglaterra, cuya falta de decisión para transformar radicalmente el sistema educativo es bien notoria.

STALIN.—Esa observación sí que se ajusta a la verdad. Pero le ruego me permita contestar, ante todo, sus tres puntos. Primero, lo más necesario para hacer la revolución es contar con el apoyo de masas sociales. Ese apoyo es el de la clase obrera. El segundo requisito consiste en una fuerza auxiliar: los comunistas lo llamamos el partido. En él puede, desde luego, ingresar el elemento intelectual de obreros y técnicos estrechamente ligados a la clase obrera. Porque los intelectuales no serán jamás una fuerza si no se unen con la clase obrera. Es cosa probada que cuando se oponen a ella se anulan. Por último, se hace indispensable tomar el Poder político y emplearlo como palanca para transformar la sociedad. El nuevo Poder viene a crear una nueva legalidad y un nuevo orden: el orden revolucionario.

Desde luego, hago constar que yo no soy partidario del orden por el orden, o sea de cualquier clase de orden. No; soy partidario, naturalmente, del orden que defiende los intereses de la clase obrera. Pero si hay entre las leyes del viejo régimen algunas que pueden ser utilizadas en favor de la lucha por un orden nuevo, deben utilizarse. Por lo que hace a la tesis sostenida por usted en el sentido de que es urgente atacar al sistema actual si no garantiza el orden a las masas, nada tengo que objetar.

Debo decir, por último, que es un grave error por parte de usted pensar que los comunistas alaban la violencia. Ya he expresado que, gustosísimos, renunciarían a dichos métodos si vieran que las clases pudientes daban signos de ceder el lugar a la clase obrera. Por desgracia, la Historia nos prueba hasta qué grado es utópico creerlo así.

WELLS.—Y con todo, la Historia de Inglaterra registra el caso de una cesión voluntaria del Poder. De 1830 a 1870, los aristócratas, cuya influencia había sido considerable a fines del siglo xviii, entregaron el Poder a la burguesía, que en esos momentos sostenía, si bien tan sólo sentimentalmente, a la Monarquía. Posteriormente pasó a establecerse, a raíz de ese cambio, es cierto, el dominio de la oligarquía financiera.

STALIN.—Pero insensiblemente ha ido pasando usted de la cuestión revolucionaria a una cuestión

de simples reformas. Hay que admitir que son dos cosas distintas. ¿No cree usted que en Inglaterra, durante el siglo xix, el movimiento cartista tuvo una gran actuación en esas reformas?

WELLS.—No; los cartistas hicieron, relativamente, poco; apenas si dejaron huellas de su paso.

STALIN.—Veo que estamos en completo desacuerdo. Los cartistas, mediante el movimiento de huelgas que ellos mismos organizaron, ejercieron una enorme influencia; obligaron a la clase dirigente a ceder en materia de sufragio universal, a abolir los llamados "burgos podridos" y a hacer otras concesiones en lo tocante a algunos artículos de la Carta Magna. Ese fue el papel histórico del cartismo: imponer reformas con objeto de evitar graves desórdenes. Hay que reconocer que, en general, entre todas las clases rectoras, la aristocracia y la burguesía de Inglaterra fueron, quizá, las más inteligentes, las más dúctiles desde el punto de vista de sus intereses de clase y, claro está, de la conservación del Poder. Aun la Historia contemporánea nos puede servir de ejemplo si recordamos la huelga general de 1926, por lo que a Inglaterra se refiere. Otra burguesía en esas mismas circunstancias lo primero que hubiera pensado habría sido encarcelar al Consejo de las Trade Unions, que decretó la huelga, ¿no es cierto? En lugar de esto, la burguesía inglesa procedió con gran habilidad, con una estrategia flexible, que ni en los Estados Unidos ni en Francia ni en Alemania hubiera podido desplegarse. Y es que, a trueque de mantener su predominio, las clases gobernantes de la Gran Bretaña jamás se detienen ante las pequeñas concesiones y reformas. Otra cosa sería pensar sinceramente que tales reformas signifiquen en realidad una revolución.

WELLS.—Tiene usted una opinión mucho más elevada que yo sobre las clases dirigentes de mi país. Pero ¿es tan grande la diferencia que existe entre una pequeña revolución y una gran reforma? ¿No cree usted que las grandes reformas equivalen a una pequeña revolución?

STALIN.—Bajo la presión de las masas suele, en efecto, la burguesía conceder algunas reformas parciales, pero conservando en pie la estructura del régimen económico que le conviene. Vale decir que, actuando así, las concesiones resultan necesarias para conservar el dominio de la clase que detenta el Poder. De hecho, usted lo sabe, toda revolución verdadera significa primero el traspaso del Poder de una clase a otra. Y de ahí que no se pueda llamar re-

volución a ninguna reforma. Y de ahí también que no pueda afirmarse que el cambio de régimen social "sea dable mediante el paso imperceptible", mediante reformas o meras concesiones otorgadas por la clase privilegiada.

WELLS.—Le estoy muy agradecido, señor Stalin. Esta entrevista ha tenido para mí una gran importancia. Mientras me explicaba usted todo esto, quizá haya estado pensando en la época en que en los centros clandestinos de antes de la Revolución difundían ustedes el socialismo. Puedo asegurar que en la hora que vivimos no hay en todo el mundo más que dos personalidades cuyas opiniones, cada una de cuyas palabras, interesan de modo extraordinario a millones de hombres: usted y Roosevelt. Los demás, aunque prediquen hasta desgañitarse, no lo gran ser ni leídos ni escuchados. No he tenido todavía tiempo de apreciar de un modo extenso lo que en la U. S. S. S. se está realizando, pues acabo de llegar. Pero ya he notado las caras, el aspecto feliz y vigoroso de sus hombres y mujeres. Esto tan sólo basta ya a demostrarme que algo de enorme importancia se ha producido aquí. El contraste que observo, comparando las cosas con lo que vi en el año 1920, es, en verdad, asombroso.

STALIN.—Créame, señor Wells, que se hubiera podido hacer más si los bolcheviques hubiésemos sido un poco más hábiles.

WELLS.—Querrá usted decir si los seres humanos hubiesen sido más inteligentes, pues no habría caído mal que se hubiese inventado un Plan Quinquenal para la reconstrucción total del cerebro del hombre, al que le faltan indudablemente, numerosas

partículas que son indispensables para establecer un orden social perfecto. (Risas).

STALIN.—¿No tiene usted la intención de quedarse para asistir al Congreso de la Unión de Escritores Soviéticos?

WELLS.—Por desdicha, múltiples ocupaciones me lo impiden; no podré permanecer aquí más que una semana. Sólo he venido a celebrar esta entrevista con usted, y me hallo profundamente satisfecho. Pero eso sí, aprovecharé mi estancia para tratar de convencer a todos los escritores soviéticos que en estos días encuentre para que ingresen en el P. E. N. Club, organización internacional de escritores, fundada por Galsworthy, a la muerte del cual fui elegido yo presidente. La organización es aún débil, pero tiene ya secciones en varios países. Lo que le ha venido a dar importancia en estos últimos tiempos es el hecho de que las manifestaciones de sus socios son profusamente difundidas por la prensa mundial. Insiste, sobre todo, en el derecho que a los escritores asiste de expresar libremente todas las opiniones, incluso, como es lógico pensar, las de la oposición. Espero discutir con Máximo Gorki acerca de este asunto. Sin embargo, no sé si semejante libertad será todavía posible en la U. R. S. S....

STALIN.—A eso, entre nosotros los bolcheviques, se llama "autocrítica", cosa muy difundida por toda la U. R. S. S....

Si en algo más puedo servirle, señor Wells, estoy siempre a su disposición.

WELLS.—Muchas gracias.

STALIN.—A usted, por la entrevista.

## La historia...

(Viene de la página 132)

Las mujeres no pueden moverse en lo abstracto. El instinto es su elemento. Mussolini les concede el derecho de tener un hijo, en no importa qué circunstancias, con apoyo del Estado. Y, como en España o en Rusia, todos los hijos son iguales ante la ley. Lo que es justicia pura.

Sin embargo, es evidente que su modo categórico de limitar a la mujer por el norte y el sur, por el este y el oeste de su humanidad, es muy discutible desde muchos puntos de vista. Pero, ¿cómo y por qué pretender que cientos problemas de la mujer preocupen cuando se tiene como ideal el de sacrificarlo todo al Estado con mayúscula, a fin de que el Estado sea grande y fuerte?

Así como Londres es una ciudad donde lo que más cautiva la mirada del transeúnte, en las suntuosas tiendas (cuyo lujo se expresa únicamente en calidad), son artículos para hombres: pipas, corbatas, chalecos, "tweeds", bastones, camisas, bufandas, etc., así también la Italia fascista aparece al viajero ingenuo como un país para hombres, un país en que el acento recae sobre la masculinidad no mitigada. Italia parece aplicar a todas las cosas esa regla de concordancia gramatical que exige que después de una enumeración de nombres de los dos géneros, el único que se debe tener en cuenta es el masculino. Como "Estado" pertenece al género masculino (según pa-

rece), y como todo debe concordar con "Estado"... la consecuencia es clara. Pero a la larga, ¿no podrá esto provocar un desequilibrio, es decir que se avance en cierto terreno y se retroceda simultáneamente en otro?

El hecho es que cuando se sueña con un mundo mejor, el lugar concedido a la mujer por el fascismo no basta.

En Europa hay dos países que están en un momento apasionante de su historia —y de la historia del mundo—: Italia y Rusia. Al Convegno Volta, en que fui testigo de la magnífica y generosa hospitalidad (hospitalidad que compartí obedeciendo a una invitación muy especial, y por la que conservo sincera gratitud) ofrecida por Roma a hombres sobresalientes venidos de toda Europa para exponer sus ideas sobre el teatro, fueron invitados dos rusos. Uno de ellos conocido del público de Buenos Aires: Tairoff. Tuve ocasión de conversar con él y de interrogarle sobre la U. R. S. S. Pero, aun más interesante que lo que él me dijo y lo que le oí declarar en su informe al Convegno Volta, me pareció lo que André Malraux me contó de su viaje. Este escritor francés (autor de "La condition humaine", una de las mejores novelas aparecidas en estos últimos tiempos) acaba de pasar algunos meses en Rusia, y una de las cosas que más le han llamado la atención en ese país es la mentalidad y la actitud de las muchachas. Como no quiero correr el riesgo de alterar el pensamiento ajeno y como sé que Malraux mismo se expresará acerca del asunto, es a él, a sus próximos libros, adonde remito al lector curioso de observaciones sobre este tema.

Por mi parte, a lo largo de las conversaciones que tuve con él he podido inferir que la mujer rusa es a quien se le ofrecen hoy

todas las posibilidades de desenvolvimiento. Esta vez, y es quizá la primera en la historia contemporánea, lo que llegará a ser mañana depende únicamente de sus capacidades, de su conciencia y de sus aptitudes. Es demasiado temprano para juzgar definitivamente esta experiencia. Pero el porvenir no dejará de pronunciarse al respecto.

Lo que está naciendo tanto en Rusia como en Italia, es una juventud nueva, una juventud moldeada en la exaltación. No conozco, no he visto la de U. R. S. S., que espero ver un día. He visto la de Italia.

Los hermosos niños, bien plantados, que jugaban gravemente a los soldados; los adolescentes, llenos de empuje y gallardía, que desfilaban una tibia tarde de septiembre por la Vía dell'Impero con paso rítmico y feliz de su propio ritmo, me han dejado un recuerdo imborrable: el del rostro extasiado que volvían hacia el Duce. Ese material humano era bello, bello como el cielo latino, más que todas las bellas piedras muertas de que Roma está repleta y —con justicia— orgullosa. He visto al Duce sonreír a esa infancia, a esa adolescencia, con una sonrisa que cambiaba hasta la dura materia de su rostro.

Más que en Roma, renovada por una limpieza a fondo que hace resaltar el valor de cada ruina; más que en las "autos trade" que se despliegan en cintas claras sobre la Península; más que en los pantanos pontinos saneados; más que en la organización de los "dopolavoro"; más que en la exposición de aviación de Milán, que es una obra de arte en su género; más que en todo lo que se ha realizado en Italia y que gracias al Duce y por el Duce ha sido llevado al éxito, mi recuerdo sigue fijo en los encantadores rostros

nuevos sellados de éxtasis: "bali-las", "avanguardisti", "piccole italiane", "giovane italiane". Fijo en ese recuerdo y en el de la sonrisa irreprimible que provoca en los labios del Duce —esa sonrisa que cambia hasta la dura materia de su rostro—. Quién no ha visto a Mussolini a la sombra de su Italia en flor, no lo ha visto. Esos rostros de éxtasis por un lado, esa sonrisa de irresistible orgullo paterno por otro: ¿qué saldrá de este amor?

Porque hay amor entre esos niños y ese hombre.

En mi calidad de mujer, lo que resulte de este amor recíproco me parece más importante que todo lo demás: que lo que resulte de todos los odios... Los odios no me interesan. En mi calidad de mujer no puedo adherirme a la idea del juego de la destrucción de cuerpos jóvenes, por ejemplo. Si los hombres —aun los más grandes— califican de tontería la violenta repugnancia que ese juego me inspira, no me sentiré mortificada ni humillada. Si me explican con conmiseración que ese juego existe desde que el hombre existe, y que sólo desaparecerá de la tierra con él, ni me inmutarán ni me convencerán. Existe también el canibalismo y en ciertas tribus los sacrificios humanos. ¿Por qué entonces escandalizarse de ellos y tratar de reprimirlos? Es una costumbre olvidada a la que se puede volver. Y nada más.

Es posible que las mujeres, destinadas a construir el cuerpo de los hombres con su propio cuerpo, tengan la inferioridad suprema de no aceptar así como así la destrucción o la mutilación de su obra.

El hombre y la mujer (digo: y la mujer) nunca han realizado nada grande que no haya sido bajo el signo del heroísmo; ya lo sé. Pero el heroísmo se aplica a tantas cosas que no son de la guerra

(la palabra salió por fin), a tantas cosas que no son lo que Mannetti llama "la estética de la guerra en todo su esplendor de individuos, masas y máquinas terrestres aéreas, en todas sus excitaciones de las más luminosas virtudes humanas". Se puede, se debe estar listo para morir —y aun para vivir— por ciertas ideas como por la patria. Esas ideas son la patria. Ninguna mujer digna de este nombre lo discute. Pero ninguna mujer digna de este nombre puede resignarse a que el juego masculino de la destrucción sistemática de cuerpos jóvenes sea una diversión indispensable para los niños malos que son a veces los hombres, por el mero hecho de que siempre han gustado de ese juego. Ella espera que los niños malos podrán aprender a conducirse de otro modo, como espera que se ha de descubrir un suero anticanceroso (¿no se ha descubierto la vacuna contra la viruela?). ¿Es acaso esperar lo imposible? ¿Y cómo no desesperar de la humanidad, si no se tiene esa esperanza?

Más bella que todas las bellas piedras muertas de que Roma se enorgullece, bella como el cielo latino es la juventud italiana que vuelve su rostro deslumbrado hacia el Duce. ¿Qué será de ese material humano? Lo mismo que para Rusia, sólo el futuro puede pronunciarse al respecto. Suceda lo que suceda, todo depende del Jefe. He visto la Italia en flor tender hacia él su rostro. Y no hay en mi corazón, en mi corazón de mujer, más que un ferviente deseo: que la sonrisa del Duce —esa sonrisa que cambia hasta la dura materia de su rostro— proteja, lleve a buen puerto a esa juventud para mayor gloria de un país que, por la naturaleza, la tradición y los tesoros de arte que posee, es único en el mundo.

## Estampas

### Sigamos con John Strachey

Por JUAN DEL CAMINO

= Colaboración.—Costa Rica y abril del 35 =

La prensa gráfica yanqui nos ha dejado el retrato familiar de John Strachey. El asedio periodístico sorprendió al escritor en el tren en que viajaba, con su niño en brazos y su esposa joven junto a él. Esa imagen sencilla del hombre que ha soportado la hostilidad de las autoridades de inmigración es la que nos despierta simpatía y nos vuelve lectores reflexivos del limpio escritor inglés. Como esa fotografía son sus escritos. Imaginamos que así son también sus conferencias. Cosa espontánea y que sugiere y deja inquieto el espíri-

tu. La serenidad del escritor es grande. Sabe por qué rumbo camina. Hay lucha recia por delante. No ha de vacilar. Antes anduvo al paso que le marcó la universidad. Y se nutrió bien. El poder con que analiza le viene de ahí. Pero ya no marca ese paso. Tiene ritmo su andar de hoy, mas no es el de la comodidad y la rutina. John Strachey busca la redención de los hombres como marxista. En los Estados Unidos ha sido acusado por la perfidia de Hearst de querer derrocar por la violencia el régimen de gobierno actual.

Es interesante seguir la prensa yanqui en todo aquello que signifique información y denuncia de la conducta de John Strachey. A veces esa prensa da libertad de expresión. Conoce bien su negocio y sabe que en no cerrarse torpemente a defender los intereses de su clase o de su empresa está el éxito económico. Acoge lo del contrario porque en seguida aparecerá la réplica que dará interés al periódico. Con lo cual da cierto ejemplo al periodismo de oficio de las repúblicas rudimentarias, que dijo Martí. Este periodismo de oficio es desastroso. Es el mismo que practica Hearst. El de por acá sin el amarillismo de aquél, pero cerrado y aldeano. A John Strachey lo acosó la prensa en general. Era natural que lo acosara. Sin embargo, algunos diarios que viven con apariencias de libertad dieron campo al

ataque, para recibir la respuesta de Strachey.

Como le llevan minuciosamente seguido su itinerario, saben cuando deja el tren en un lugar y entonces lo asedian y lo obligan al cuestionario. Responde siempre con serenidad e inteligencia. "No soy miembro del Partido Comunista, dice, porque no puedo consagrarle todo mi tiempo. No es cierto que el Comunismo favorezca o crea en la fuerza o la violencia. Por el contrario, gustan del prójimo sano, quieren evitar la fuerza y la violencia por todos los medios posibles. Pero los Partidos Comunistas de los diferentes países declaran que ellos no pueden cerrar sus ojos a la realidad de que la fuerza y la violencia han sido usadas por los capitalistas contra los trabajadores, y siguen siendo usadas en una escala progresiva". Le interrogan acerca de la libertad de expresión en una sociedad comunista y dice: "La actitud comunista es que todo elemento de expresión libre que puede obtenerse bajo el capitalismo debe obtenerse y retenerse por los trabajadores. Debe emplear los mayores esfuerzos para obtener esta libertad de expresión para el 80 por ciento de la población. Pero será efectivamente establecida después del advenimiento del Comunismo. Por supuesto que ningún ruso dirá que el Comunismo ha sido establecido. Sólo puede venir con el amalgamamiento de todas las clases en una sola, la clase trabajadora. Ambas clases no pueden tener al mismo tiempo libertad de expresión. En las naciones capitalistas hay libertad de expresión para los grandes dueños de periódicos, Lord Beaverbrook en Inglaterra y Hearst en los Estados Unidos. No negaría jamás que estos caballeros gozan de libertad de expresión bajo el sistema capitalista. Por otro lado, he oído decir que los negros en el Sur están terminantemente limitados para expresarse".

Esas ideas pusieron a circular los periódicos que dan alguna libertad de expresión en los Estados Unidos. Las recogieron en conversación con Strachey. Son ideas que quitan el sueño al anti-comunismo. La prensa yanqui las recogió segura de que luego vendría la reacción. Y en efecto vino. No podían dejar pasar en los Estados Unidos las ideas de un escritor libre los perseguidores de todos los tiempos. A John Strachey le dijeron los mayores insultos por su conducta francamente marxista en un medio apelmazado y cogido por millares de fuerzas de vasallaje. También la prensa que lo hizo hablar estampó los insultos.

Conviene traer el juicio yanqui acerca de la obra escrita de Strachey. Para que al menos tengamos nociones de este escritor que ha despertado la persecución de las autoridades de inmigración porque ha hablado y escrito con claridad. Su último libro—"The Nature of Capitalist Crisis" es comentado en la sección de libros del "New York Times" así: "Cuando apareció "The Coming Struggle for Power" de John Strachey, hace cerca de dos años, en este

país produjo una agradable sensación. Aparecía un comunista que no sólo conocía sus bellas letras, sino que—al contrario de la mayoría de sus colegas—parecía conocer su economía y su política también. Al menos había leído algunas de las obras de los economistas ortodoxos, y cuando presentaba una caricatura del "equilibrium economicus" era real. Y escribía con novedad y vigor. El libro fué saludado al menos como el volumen en inglés más importante acerca de Comunismo por espacio de muchos años. Nada comparable ha sido intentado en este país excepto el libro de Lewis Corey "Decline of American Capitalism".

No tienen miedo al libro inquietante ciertos sectores de los Estados Unidos. Y el ejemplo debemos seguirlo. Nuestro empeño al escribir sobre este escritor perseguido por las autoridades de inmigración yanquis no es para presentarnos como conocedores de sus dos nutridos volúmenes. Apenas si hemos em-

## El renacimiento de un...

(Viene de la página siguiente)

en Noruega o Rusia en donde el cuento floreció tan lujuriosamente. Fué en Francia y en los Estados Unidos, los dos países que casi simultáneamente inyectaron en este género una fuerza regeneradora. En Inglaterra, bastante tiempo después, apareció Stevenson, quien vino al mundo espiritual bajo el signo de Poe, posteriormente Kipling, también influido por el autor del "Escarabajo de oro".

Tanta importancia ha tenido luego esta forma de expresión como propósito en sí o como medio de disciplinar la carrera de un escritor, que Máximo Gorki ha afirmado: "Los cuentos breves que yo redactaba para los diarios no me parecían un esfuerzo serio, en lo que me engañaba: nada hay que enseñe tanto a escribir como los cuentos breves; enseñan a economizar palabras, a expresarse en forma más condensada".

Después en justicia, reconocer a Poe el habernos mostrado el derecho que le asiste a este género a proclamar su existencia y también le debemos el habernos descubierto que el verdadero cuento breve es absolutamente distinto del simple relato, cuya sola ejecutoria como tal estriba en su corta dimensión.

**LA** Agencia General de Publicidad de Eugenio Díaz Barneoud, en San Salvador, puede darle una suscripción al *Repertorio*.

pezado a conocer a Strachey. Pero es de los escritores que pueden recomendarse por su visión clara de los tiempos nuevos. No escribe para hacer comunistas, es decir, para llevar partidarios a los diferentes partidos comunistas del mundo. El mismo ha dicho que no pertenece a partido, es decir, no es hombre de partido. Pero los problemas del mundo ya no son para Strachey los mismos de hace un siglo. O pueden ser los mismos, pero su trato es totalmente diferente. Los hombres tienen que acostumbrarse a discutir como hombres. Strachey quiere despertar esa conciencia. Escribe con claridad profunda. Y es lo que el mundo necesita hoy. Los que hablen o escriban para limpiar de vasallajes tienen que hacerlo con limpieza. En Strachey está en todas sus páginas.

Pensamos en la multitud de escritores que aparecerá, que tendrá que ir apareciendo a medida que los tiempos nuevos exijan espíritus de expresión adecuada. La lucha irá siendo fuerte y necesitará quienes la entablen con nobleza. Strachey no vacila en pasar de una ciudad a la otra en los Estados Unidos, llamando con su voz nueva al escuchante necesitado del toque de lucha. Sabe que el medio es pavoroso. Allí la plutocracia todo lo domina. Pero Strachey se adentra de ciudad en ciudad y dice su conferencia clara en donde explica si no el nuevo evangelio, sí la nueva lucha. La plutocracia lo acosa, porque tiene que defenderse para perdurar en su vasallaje de siglos. El escritor no se presenta como un reformador social ni asegura tener la clave para ninguna victoria inmediata. No engaña. Sólo expone y analiza. Y con eso hace pensar a multitud de gentes necesitadas de mover bien sus pensamientos. El medio tiene acogedores. Pero son mayores los perseguidores. Y ha sido bueno el desequilibrio. Porque es revelador de lo que necesita el espíritu que quiera batallar contra lo vetusto. Strachey en su recorrido por los Estados Unidos ha anticipado la visión de lo que será en lo porvenir el camino de todo hombre que esté tocado por el soplo de los tiempos nuevos y quiera trabajar por ellos arduamente.

Así vemos al escritor cuya imagen sencilla y grande nos ha dejado en la persecución tenaz la prensa gráfica yanqui. El retrato familiar es el que mejor sirve para sentirse a gusto con un escritor que ha pasado serenamente por entre las fauces abiertas y amenazantes de la plutocracia yanqui.



Teñimos en 28 colores. Además en Negro y Blanco.

**Zapatillas, Carrieles, Etc.,**

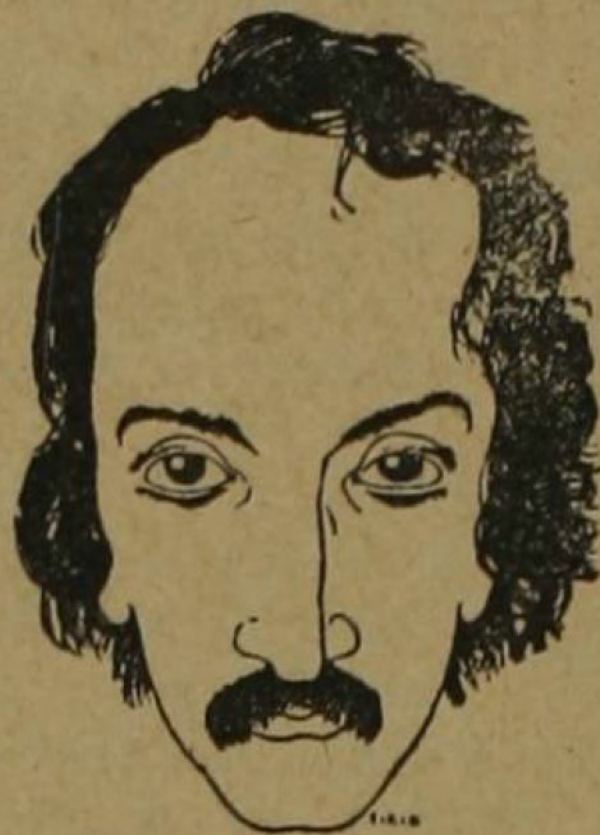
puede Ud. llevarlos en el color que armonice con su vestido. Trabajamos a base del **SISTEMA "GADI"** de la casa norteamericana **The Gadi Co.**

TELEFONO No. 3736 **VICTOR CORDERO & Cía.** SAN JOSE, C. R.

## El renacimiento de un genio literario

Por ARTURO MEJIA NIETO

= Envío del autor. Buenos Aires, Rep. Argentina =



Edgar Allan Poe

Bueno es darse cuenta de que uno de los más antiguos géneros literarios (el cuento) ha sido grandemente renovado desde Edgar Allan Poe hasta nuestros días. Tanta habrá sido la diferencia entre el antiguo cuento y su estructura moderna que en la literatura inglesa un "tale" (simple relato como el que se cultiva entre nosotros, no es lo mismo que la "short-story", cuento breve caracterizado por un preconcebido plan o argumento, cuyo primordial propósito ha sido el de producir en el lector una cierta unidad de efecto). Relatos breves ("tales") ha habido en todas las épocas y todas las literaturas; en Inglaterra desde los tiempos de Chaucer, que, a su vez, fué influenciado por maestros italianos. Pero los cuentos breves, "short-stories", han sido algo nuevo desde que Edgar Allan Poe, artista cerebral por excelencia, al comentar un volumen de Hawthorne formuló las leyes o principios del moderno género literario. Fué en Francia y en los Estados Unidos antes que en Inglaterra donde se cultivó la moderna "short-story", y esto sucede en el segundo cuarto del siglo XIX. En Francia, Gautier y Mérimée fueron precedidos por Nodier, que, presintiendo la futura forma, había fracasado, no obstante, al realizarla. En los Estados Unidos, Hawthorne y Poe fueron precedidos por Irving, cuyos deliciosos cuentos acusan, sin embargo, carencia de un "clímax" suficientemente vigoroso como para que sus ensayos fuesen aceptados como los primeros modelos de la "short-story". Innegablemente, en Irving había frescura, inventiva, fantasía, dotes preciosos para el cultivo de la "short-story", pero él no pareció preocuparse por la unidad que Poe exigió y practicó en sus cuentos. La verdad es que si juzgamos con espíritu crítico, observaremos que tanto Hawthorne como Gautier y Mérimée, llegaron a la forma moderna del cuento por pura intuición artística más bien que por deliberado propósito, con el fin de ajustarse a una teoría preconcebida. En cambio, Poe realizó una labor consciente. El sabía lo que estaba haciendo, tenía su teoría y sus principios fijos en su mente con anterioridad. Su ideal de arte, su concepto de lo que debía ser un cuento breve fué una cosa clara en su cabeza, no así en la de Hawthorne, que no fué un teórico de su arte como Poe, aunque éticamente acaso haya sido un superior artista. Allan Poe en su "Filosofía de la composición", publicada con ocasión de un libro de cuentos del mismo Hawthorne, en 1842, formuló y concertó para siempre los principios que debían regir el moderno cuento breve. En ese conocido ensayo, Poe ha declarado:

"Si se me preguntara en qué forma literaria se puede expresar la nota más

aíta del genio, totalmente empleada para desplegar toda su capacidad, yo contestaría sin hesitar que... en la composición de un poema rimado que no excediera en longitud de lo que es posible crear en el transcurso de una hora. Solamente, dentro de este límite, el orden más alto de la verdadera poesía puede existir. Necesito decir aquí, a propósito de este tópico, que en casi todas las clases de composición literaria la unidad de efecto o composición es un asunto de la mayor importancia. En consecuencia, un poema largo es una paradoja. Y sin la unidad de impresión, los efectos más profundos, no se logran obtener.

"Si se me pidiera igualmente designar la clase de composición que, después del poema que he sugerido, pudiera llenar la demanda de la capacidad del genio... que consiguiera ofrecer el más propicio campo de expresión... yo recomendaría el cuento en prosa, tal como Mr. Hawthorne lo ha practicado aquí. Aludo a la narración corta que requiere desde media hora hasta una o dos horas continuadas en su elaboración. Durante la lectura atenta de tal relato, el alma del lector estará a merced del autor y la impresión de unidad se habrá producido en éste irremediablemente".

"Un hábil artista ha construido un cuento. No habrá preparado deliberadamente su asunto para después acomodarlo a los incidentes, sino que, por el contrario, concibe con deliberado tacto la impresión a transmitir, cuidando la unidad en el efecto y luego inventa a continuación los incidentes... Es entonces cuando combina tales o cuales hechos que mejor puedan ayudarlo a producir en el espíritu del lector el preconcebido efecto con la consiguiente unidad en la impresión".

Pero Poe insiste en que el cuento breve, a base de estricta concisión y limitaciones, deberá acusar igualmente unidad en la acción, en el estado de alma,

en el tono, en el color y acusar una sola intención o propósito. Infinidad de cosas, pues, que en otro género literario, particularmente en la novela, no es posible conseguir.

Estos mismos principios, casi medio siglo después, fueron igualmente expuestos por otro maestro del género que también tuvo la manía analítica de descubrir las leyes en que se asientan los géneros literarios: hablamos de Robert Luis Stevenson. Ambos notables cuentistas ensayaron sus principios en obras verdaderamente maestras. Poe llegó a afirmar, quizá con exceso de dogmatismo, que si la frase inicial al principiar el cuento no llevaba en su significado relación con el desenlace, el escritor había cometido su primer traspicé y que, por consiguiente, debería volver atrás. Tal era su celo por la unidad en el relato. Necesario es, sin embargo, aclarar que el autor de "Ligeia" hablaba para un mundo que lleva, como instrumento de expresión, un idioma más conciso, más sobrio y menos grandilocuente que el castellano nuestro.

Después que Poe, con sus preceptos y con sus propios cuentos, reveló las ilimitadas posibilidades de lo que puede ser el relato breve y moderno, éste fué tomando estructura definida y conciencia propia hasta llegar a ser totalmente diferente del anterior, sin unidad ni belleza, caracterizado por el solo hecho de ser más corto que la novela. El cuento moderno se encontró con restricciones tan estrictas como las del soneto; la dificultad de construir un cuento se complicó, pero esa misma dificultad tentó la curiosidad del artista verdaderamente dotado, deseoso de asimilar las interioridades de la técnica de su arte para poder superarse. Desde entonces, en todas las literaturas se ha ensayado el moderno cuento breve y se han realizado pequeñas piezas maestras, exentas de los tres defectos que acusaron los relatos de los griegos, "falta de variedad en el asunto, falta de interés en el desarrollo y falta de originalidad en la forma". En la nueva estructura encontramos luego a Verga en Italia, Kjelland en Noruega y Turgueneff en Rusia. Ellos utilizaron esta forma superior del cuento, se beneficiaron con sus restricciones y exigencias de unidad, simplicidad y armonía y de su parte pusieron variedad, interés humano y originalidad. Cada uno de ellos explotó el asunto y el ambiente que le rodeaban, su gente y los problemas que mejor conocían. Y consiguieron dar al cuento moderno una riqueza de matices insospechables para el mismo Poe, puesto que, a decir verdad, éste primordialmente se preocupó de la construcción mecánica.

Sin embargo, no fué ni en Italia, ni

(Pasa a la página anterior)